

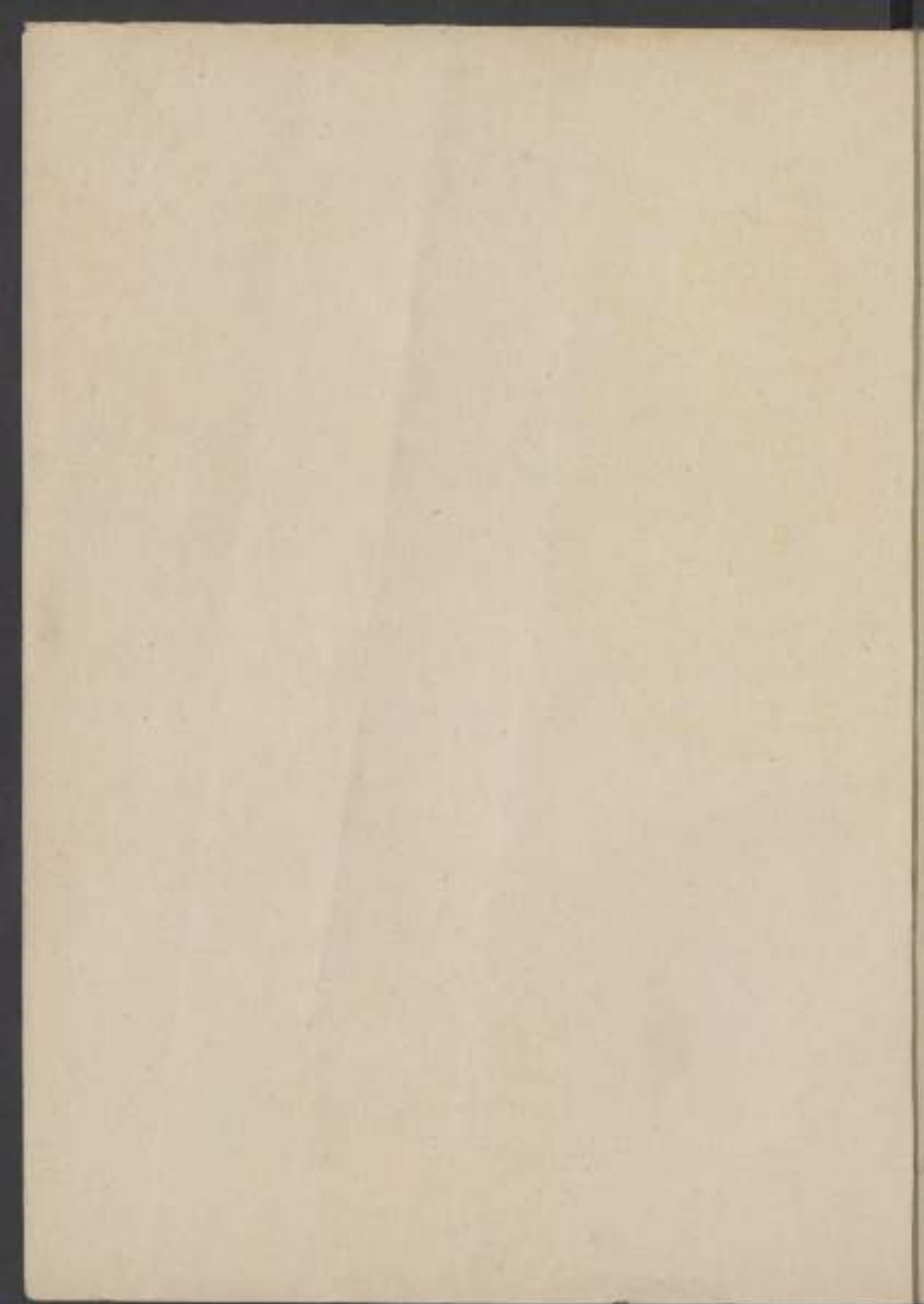
Tyrone
POWER
Henry
FONDA



TIERRA *de* AUDACES



ADAM'S
CIUDAD de CONQUISTA - EN BUSCA del ASESINO



R 79 (AUD) Km

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

TIERRA DE AUDACES

Guión cinematográfico original de
NUNNALLY JOHNSON

Dirección
HENRY KING

Es un film
TWENTIETH CENTURY-FOX

Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

LIBRERIA
GENERAL
BIBLI



R. 4384

PRINCIPALES INTERPRETES

Tyrone Power · Henry Fonda · Nancy Kelly · Randolph Scott
Henry Hull · Slim Summerville · J. Edward Bromberg
John Carradine · Brian Donlevy · Denal Meek
John Russell · Jane Darwell

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

TIERRA DE AUDACES

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Después de su trágica guerra civil que durante tantos años asoló los Estados Unidos, éstos se lanzaron a la conquista del Oeste, inmenso, desconocido, que tantas perspectivas ofrecía para su población y en cuyas praderas estaban seguros de hallar un inagotable caudal de riqueza, tanto agrícola como mineral o ganadera.

Símbolo fehaciente de esta era fué la construcción del ferrocarril que debía unir el Este con el Oeste, en aquella vasta anchura que ofrecía el territorio desde el Atlántico hasta el Pacífico.

La construcción del ferrocarril transcontinental se llevó a cabo empleando todos los medios, fueran cuales fuesen con tal que sirvieran sus fines. La Compañía no tenía escrúpulos y pueblos enteros resultaban víctimas del terrible ogro, del monstruo de acero que tendía, como dos antenas inacabables, sus rieles que diezmaban haciendas, destruían hogares, agostaban cosechas y dejaban en la más espantosa miseria a aquellas gentes, los primeros colonizadores y sus descendientes, que habían

arribado trabajosa y peligrosamente a aquellos lugares, en sus carretas, luchando contra los elementos y contra los infortunios, y logrando formar, a través de los años y de un trabajo constante, un hogar, una hacienda, una vida tranquila, al margen de todo peligro y de cualquier preocupación.

La Compañía del ferrocarril transoceánico acabó con aquella paz. Sus agentes iban de pueblo en pueblo, de hacienda en hacienda y obligaban a los propietarios a firmar, de grado o por fuerza, la cesión de sus terrenos por una suma irrisoria, amenazándoles, en el caso de que se negaran a ello, con la incautación de sus hienes sin indemnización alguna.

En aquella época, turbulenta y sin ley, fué cuando vivieron, para el bien y para el mal, los hermanos Frank y Jesse James, los dos bandidos más famosos de aquel tiempo.

Los agentes de la Compañía ferroviaria habían asaltado la hacienda de sus mayores, aquella hacienda que los dos hermanos cultivaban y en la que vivían junto a

su anciana madre a la que adoraban y respetaban con verdadero fervor filial. Jesse y Frank se defendieron de aquellos hombres, lucharon con ellos, no dejaron que su madre firmara el contrato de renuncia de su propiedad en favor de la Compañía y, con un ardor juvenil y un inquebrantable valor, ahuyentaron a tiros a los usurpadores.

Jesse convocó a una reunión a todos sus vecinos, les arengó para que no se dejarán dominar, les dijo que necesitaban consultar con una persona de leyes y que si tenían que ceder sus tierras las cederían a condición de que les pagaran por ellas lo que fuera de ley.

Todos estaban de acuerdo con Jesse y todos estaban dispuestos a secundarle, cuando llegó, casi sin aliento, el alcalde del pueblo y al propio tiempo redactor y director del único periódico de la localidad, el viejo Cobb, hombre vivaz, de mucho genio, que dirigía enconadas editoriales contra todo y contra todos, luchando desde su puesto contra la injusticia, la iniquidad, la usurpación y el desenfado con que actuaban los gobernantes de un período difícil y tentador en el que era fácil enriquecerse contando con una ausencia completa

de escrúpulos y de moral. Les ordenó que se callaran un momento y cuando hubo obtenido un absoluto silencio, dijo a los hermanos James:

—Es preciso que os vayáis ahora mismo... Han conseguido una orden de detención contra vosotros. No perdáis tiempo. Binkie tiene ya ensillados los caballos... Te acusan a ti, Jesse, de intento de asesinato... Y os cogerán a los dos, porque esos hombres no van a consentir que dos labradores como vosotros les molesten en sus planes... Marchaos y escondeos hasta que yo hable al Gobernador y arregle vuestro asunto.

Los dos hermanos titubearon. Defendían lo suyo. No habían hecho daño a nadie. Además, su madre estaba enferma. Los últimos acontecimientos habían agotado su salud. No podían dejarla sola...

—Idos... Haced caso a Cobb... murmuró la madre, con voz muy débil—. Escondeos... No podría sobrevivir si os ocurriera algo malo...

Frank y Jesse aceptaron. Montaron a caballo y partieron a galope, acompañados del fiel negro Pinkie que les seguía en su mula que casi no lograba ponerse al nivel de los dos veloces caballos de los James.

Se escondieron en la gruta de la montaña, en espera de los acontecimientos. Pero una mañana llegó allá Zerelda Cobb, sobrina del viagero director del periódico, y abrazó a Jesse con infinita ternura.

—Estoy intranquila por vosotros... y he venido a ver si necesitabais algo—dijo.

—¿Por nosotros...? —sonrió Frank, que bien sabía que la muchacha estaba locamente enamorada de su hermano Jesse—. ¿Y madre, cómo está?—añadió.

Zerelda miró a uno y a otro titubeando, bajó los ojos, rompió a llorar y los James comprendieron.

—¿Muerta?... —preguntó Jesse, apretando los puños.

Zerelda asintió con un movimiento de cabeza. Luego les explicó que, al partir ellos, habían llegado los agentes de la Compañía con la orden de detenerles; que se habían puesto furiosos al saber que habían huido; que a los gritos e improperios que lanzaban su madre quiso levantarse de la cama y salir a su encuentro, pero le fallaron las fuerzas, cayó al suelo, derribó la mesa en que estaba el quinqué y se prendió fuego en la casa. Todo había sido inútil... No la pudieron salvar...

Jesse apretó los puños.

—Esta es cuestión mía... Fin

quien hirió al agente y yo soy el responsable de la muerte de madre... Por eso he de ser yo quien la vengue... Zee, espérame, quedate aquí, Frank... Yo voy al pueblo...

Su presencia en la taberna del pueblo dejó a todos inmóviles y asustados.

—¡Quietos! —les gritó, encañándoles sus pistolas—. ¡No mováis las manos del mostrador!... ¡Tú, tabernero, cuenta tres y escóndete!...

Esperó a que el tabernero hiciera lo que le ordenaba y cuando le quedó libre el espacio, apuntó contra su enemigo, le descerrajó dos tiros, le dejó tendido en el suelo sin vida, volvió a montar a caballo y antes de que nadie hubiera tenido tiempo de reaccionar, huyó de nuevo hacia las montañas.

Desde aquel día fué una guerra sin cuartel. La cabeza de Jesse estaba puesta a precio. También la de Frank. Igualmente la de cualquier miembro de la banda que los dos hermanos habían formado y con la que asaltaban trenes, desvalijaban a los viajeros, volaban puentes, obstruían túneles... Todo, todo cuanto pudiera hacer fracasar la empresa del ferrocarril era llevado a cabo por aquellos dos hombres intrépidos, audaces, fero-

ces, que se cebaban en su venganza y que acabaron hallando un placer en aquella vida al margen de la ley y de la civilización.

Lo único que a Jesse atraía a la civilización era la encantadora Zerelda, su Zee muy amada, como él la llamaba. Por ella volvía al pueblo con frecuencia, lanzaba una señal convenida y entraba en la casa si Zee salía a la puerta con el quinqué en la mano, signo de que no había peligro para él. Estaba breves momentos con ella, la abrazaba, la besaba gozoso, escuchaba sus reproches y sus consejos... pero volvía de nuevo a su vida loca, de fiera al acecho, buscando siempre la ocasión de hacer algún daño al ferrocarril, al monstruo que la había arrebatado hacienda, hogar y sobre todo al monstruo que había acabado con la vida de su madre adorada.

En una de aquellas rápidas visitas encontré una noche frente a frente del inspector de policía William Wroigh, el encargado de capturarlo vivo o muerto. Nunca se habían visto, pero el inspector, que estaba enamorado de Zerelda, comprendió en seguida que aquel joven que estaba en casa de Zee era el bandido a quien buscaba.

Will le habló tranquilamente de

que estaba buscando a Jesse James:

—Yo tengo amor al oficio y sigo tras ese bandido sin descanso... Si alguna vez tropiezo con él y hace armas... uno de los dos quedará en el campo para siempre... Mejor sería que se marchara de mi distrito... o que nunca se ponga en mi camino, porque no quiero ver a Zee apenada... ¿Quiere comer un bollo de leche de los que hace Zee? —ofreció, para quitar dureza a las palabras que con intención acababa de pronunciar.

Luego, con una excusa, se marchó. Zee había angustiada a Jesse.

—Ya lo has oído... todos van detrás de tí para asesinarte y cobrar la recompensa... Sí, Jesse, algunas noches despierto llorando, porque en sueños veo tu cadáver caído en el barro...

—No tengas miedo, mi vida... Tú eres lo único que me da valor para seguir luchando, lo único que significa algo para mí... Sé que cometeré una locura al venir aquí, pero no comprendo cuánto deseo verte... hasta que no te veo...

Zee le cogió del brazo y le suplicó, llena de angustia y zozobra:

—No pierdas tiempo, Jesse, márchate... Yo iré a reunirme con-

tigo algún día... y si tú quieres... no me separaré jamás de ti...

Hizo lo que prometía. Fue a buscarle en las montañas, en aquella guarida que sólo ella conocía, y se le ofreció sin reservas:

—Casémonos... y no me apartaré jamás de ti, suceda lo que suceda— le dijo.

Jesse no esperaba más que oír aquellas palabras para hacerla su mujer. La llevó a la iglesia más próxima, entró seguido de sus hombres que custodiaban su paso, interrumpió el sermón que el Pastor estaba pronunciando, y cogió fuertemente la mano de su Zerelda.

Se casaron en medio de la expectación de cuantos habían sido expoliados, como ellos, por los agentes del ferrocarril, de todas aquellas buenas gentes, humildes, timoratas, buenas, que admiraban el valor y el arrojo de Jesse que sabía el solo vengarles a todos del atropello de que habían sido víctimas. El mismo Pastor, al casarles, les dijo:

—Que seáis muy felices... aunque sea al margen de la ley... Porque has de saber, Jesse, que yo también tenía una granja, dos vacas, tres graneros y buenas fanegas de tierra... y esos bandidos

me lo quitaron todo... ¡Que Dios les confunda!

—Amén... —rezaron todos los presentes, como si acabara de recitar una oración.

Zerelda vivió feliz al lado de Jesse. Este la miraba arrobado, la abrazaba con frecuencia y le repetía:

—Zee... esposa mía... ¡te amo!

Y ella, con su infinita ternura, ayudada por el inspector de policía Will, consiguió que las autoridades rebajaran la pena a tres años de prisión, si Jesse James se entregaba y prometía deponer su hosa actitud. Y Jesse James, confiando en la palabra de su esposa y en la de Will, romántico enajorado de Zerelda, que por verla feliz era capaz de cualquier sacrificio, se presentó a las autoridades y se dejó encerrar en la prisión.

Pero los que habían prometido una amnistía, volvieron atrás en sus palabras y juzgaron someramente a Jesse, condenándole a la horca. Will estaba desesperado. El mismo ayudó, cautelosamente, a la fuga de Jesse, fingiendo apresar a Frank, llevándole a la misma cárcel y dejando que él y sus hombres, en un golpe audaz y decidido, pusieran en libertad a Jesse, al esposo de Zerelda, al hombre

al que la joven amaba con una pasión irrefrenable y que sólo junto a él hallaba la verdadera dicha.

Jesse volvió al hogar. Zerelda fué de nuevo feliz. Pero en dicha duró poco tiempo, porque la persecución de Jesse era cada vez más enconada y éste se sentía cada vez con más ansias de venganza, entregándose a una verdadera orgia de robos, asaltos, crímenes, sembrando el terror y la desolación dondequiera que él y su banda posaban la planta.

Esta vida tenía en constante zozobra a los dos esposos; no podían permanecer más de una semana en el mismo sitio; corrían de un Estado a otro en carrera desenfrenada.

Zoe desfallecía, no podía más, aquella vida no era la que ella había soñado junto a Jesse, al que pensó poder encauzar de nuevo por derroteros de paz, de labor y de honradez. Por esto aquel día, cuando Jesse, asustado por unos granjeros que se detuvieron un momento a pedir la orientación de su camino, dijo a Zoe:

—Tenemos que marcharnos de aquí... Pueden ser unos espías... Haz la maleta y vámonos...

Zerelda le miró fijamente y replicó con resolución:

—Yo no me marchó... Me quedo aquí... y te espero... te esperaré siempre... hasta que vuelvas a hacer una vida de hombre... ¡no de bera!

El siguió su camino; era más fuerte que él mismo; tenía que vivir en constante lucha para calmar sus ansias; lo que comenzó siendo una hazaña de venganza valiente y arrojada, había degenerado en una mala pasión: pasión del robo, del atraco, del peligro, de lo insospechado, de la emoción, de burlar la vigilancia y salir siempre victorioso de cualquier empresa que se propusiera. Sus hombres le permanecían fieles. Y su hermano Frank era como su sombra; no había para él dudas ni titubeos: lo que Jesse pensaba Frank lo secundaba ciegamente.

Pero cuando Zoe tuvo al niño, asistida únicamente por el paternal cariño de su tío el viejo Cobb que había venido a pasar con ella el trance, le suplicó, llorando desoladamente, que la llevara de nuevo a su casa, a la casa de Cobb que no debía haber abandonado nunca:

—Estoy cansada de vivir como animales acosados... Siempre escondidos... pasando los días al acecho... asustados de una sombra en la ventana... de unos pasos

que se detienen a nuestra puerta... del ruido de un pestillo... Y ahora que él no está... todo es peor... Pienso en él y le veo muerto, asesinado, tendido en el barro... ¡Oh, flo... llévame de aquí, si no quieres que me vuelva loca!

El viejo Cobb accedió y volvieron al pueblo cuando Zee estuvo en condiciones de emprender el viaje, dejando al cuidado de aquella cabaña tan amorosamente arreglada por Zee, al negro Pinkie, que seguía fiel a sus amos.

Poco tiempo después llegó Jesse, en una de aquellas escapatorias que periódicamente hacía, porque el amor a Zee era más fuerte aún que sus malas pasiones.

Pinkie le informó de lo sucedido:

—Se fueron, amito... Vino el señor Cobb y se los llevó al pueblo... ¡Ah, amito Jesse, el chico es el más lindo que yo he visto nunca! Lloró y da gritos con tal fuerza que a uno se le rompen los oídos... Apuesto que no hay otro con mejor garganta en el mundo. Tiene los ojos verdes... y muy grandes... y se fija en uno como si le conociera... Claro que es calvo... ¡el pobre está peloneito!... pero le aseguro que no hay niño más hermoso en todo el país...

Amity Zee estaba siempre triste... lloraba mucho... decía que no podría resistirlo... y por eso se marchó...

El primer impulso de Jesse fue ir en busca de su esposa y de su hijo; pero luego reflexionó: no, él no podía darles la felicidad; las circunstancias le arrastraban; tenía que seguir aquella vida agitada, peligrosa, nómada, de bandido y saltador de caminos a que estaba acostumbrado.

—No, Pinkie... no iremos a buscarles... Ve tú solo y dile a amity Zee que no la molestaré jamás... que si ha de encontrar la felicidad, no será a mi lado... y que si puede ser dichosa... yo me alegraré... Dile también que al niño no le hable nunca de mí... Que no sepa que su padre es el bandido Jesse James...

Montó a caballo, látigue y hocico, y se alejó a galope. Pinkie llevó el mensaje que amo Jesse le había dado.

Transcurrieron cinco años; el hijo de Zee era un niño encantador, se llamaba Jesse, como su padre; pero ignoraba que su padre era aquel bandido del que todo el mundo hablaba; todo el mundo, menos su madre, aunque ésta, a escondidas, buscaba con avidez las noticias que llegaban de aque-

lla banda de ladrones capitaneada por Jesse, y suspiraba hondamente, mientras una débil sonrisa se dibujaba en sus labios exangües cuando sabía que él, el capitán, había logrado burlar a la policía y había salido con vida de cualquiera de los últimos atropellos cometidos.

Un día llegó a la casa de Cobb un individuo, suplicando que insertaran un anuncio en el periódico. Pagó la suma que le pidió Cobb por el anuncio, y antes de marcharse preguntó, como por casualidad:

—¿No vivía por aquí cerca un individuo llamado Jesse James?

—Sí... ¿Por qué? —gruñó Cobb, que no gustaba de entablar conversaciones con desconocidos.

—No... nada... Qui supongo deben estar enterados de la amnistía que ha concedido el Gobernador... mejor dicho, el total perdón a cualquier miembro de la banda de Jesse James que mate a su jefe... al que, además, dará una crecida recompensa... creo que 25.000 dólares... Si con esta oferta no acaban con ese bandido el Gobierno quedará en muy mal lugar...

—¡Granuja... catalla... mal nacido! —gritó Cobb, no pudiendo

contenerse, mientras el desconocido se alejaba.

Zerelda se había quedado profundamente pálida y sintió como si el mundo se hubiese desplomado a sus pies. Will, el amigo fiel, el eterno enamorado, que respetaba y adoraba a aquella mujer que no era suya, pero en torno a la cual derramaba su cariño y sus atenciones, le cogió una mano y la animó:

—Zerelda... eso no prueba nada... a lo mejor se ha equivocado ese hombre...

—Si no me importa... ya nada importa... ¡Todo está olvidado! —aseguró Zerelda, haciendo un esfuerzo por sonreír.

Pero Will sabía que no era verdad; que el amor a Jesse permanecía tan vivo, tan hondo, tan intenso como siempre en el atormentado corazón de Zee.

El desconocido individuo, que se hacía pasar por Jorge Remington, de la Compañía Remington de Filadelfia, iba, entretanto, repartiendo periódicos que daban la noticia de la amnistía ofrecida por el Gobernador, por todas las casas del pueblo, sobre todo por aquellas sospechosas de las que los hombres habían desaparecido al desaparecer Jesse... Todos ellos eran los que formaban la banda

de los hermanos James... Uno de ellos, según la lógica y natural consecuencia del supuesto Remington, tenía que acabar con el bandido que se escabullía de manos de la policía.

Y casi simultáneamente, Jesse James preparaba el asalto al Banco de Northfield, uno de los más importantes de Minnesota.

Jesse se había dirigido a sus hombres y les había expuesto todo su plan de ataque al Banco. Había más de cincuenta mil dólares en oro en sus cajas. Si el golpe salía bien se repartirían el botín y podrían retirarse a cualquier lugar apartado a vivir tranquilamente el resto de su vida, porque con aquella cantidad les quedaba asegurado el porvenir.

La banda de Jesse permaneció muda y hostil después de escuchar aquellas explicaciones. El mismo Frank no estaba conforme con aquel golpe, demasiado audaz y demasiado arriesgado. Jesse comprendió que sus hombres no estaban con él. Enfurecido, loco, iracundo, les increpó duramente. Y les echó a la calle, como perros sarnosos; puesto que no querían ayudarle. Uno a uno, en silencio, salieron de la madriguera; preferían abandonar al jefe antes que

seguirle en sus cada vez más locas aventuras.

Frank fué quien volvió para tratar de convencer a su hermano; le habló con suavidad, pero con energía, haciéndole ver lo reprochable de su conducta:

—Te has vuelto peor que una hiena, Jesse —le dijo—. Todo el oro del mundo no compensa todos los riesgos que hemos venido corriendo estos años... Eres mi hermano... y confieso que te quiero... pero eso no es razón para dejar que tus locuras acaben con mi vida. Sé bien lo que sientes... después de lo que pasó cuando nació tu hijo... y también sé que no te gusta que te hablen como yo te estoy hablando... pero es necesario que escuches, si no quieres morir con las botas puestas... Era preciso hacértelo saber antes de que sea demasiado tarde... ¿Llamo otra vez a los hombres? —ofreció, viendo que Jesse callaba y se iba calmando en su furia.

—Sí, llámales... si es que quieren volver.

Frank salió de la cabaña en busca de la banda, a tiempo que por la puerta trasera entraba Ford, uno de los que habían ido a pasar unos días junto a su mujer, porque periódicamente sentían aquellos bandidos la nostal-

gia del hogar; y volvía ahora conociendo la oferta del gobernador: perdón total... y 25.000 dólares, al individuo de la banda que asesinara a su jefe... La tentación era morbosa, y Ford sudaba copiosamente, acariciando la pistola que llevaba al cinto, mirando la espalda de Jesse que se ofrecía a él sin sospecha, puesto que Jesse no le había visto entrar.

Pero la llegada de los demás le privó de cometer el crimen. Venían los bandidos, convencidos por Frank, dispuestos a llevar a cabo el ataque al Banco de Northfield.

—Está bien... Os pido perdón por la dureza de mis palabras... No estaba en mis cabales... Creo que este asalto nos conviene a todos... Todos empezamos a estar cansados de esta vida llena de peligros, azarosa y hostil... Todos necesitamos reposo... El dinero de las arcas del Banco de Northfield nos permitirá retirarnos y vivir al amparo de nuestros hogares, que fundaremos en los lugares más remotos y distantes, para no ser jamás descubiertos...

—Cierto... lo de Northfield nos conviene a todos —afirmó uno de los bandidos.

—Bien. Saldremos con la auro-
ra. Northfield está a cuatrocientas

millas de este lugar... y tenemos que llegar allí el viernes por la tarde... Nos alojaremos en las afueras de la ciudad y atacaremos el Banco el sábado a medio día.
¿Os agrada el proyecto?

Todos asintieron:

—Estamos contigo, Jesse... Puedes contar con nosotros. El asunto es magnífico.

Sólo Ford permaneció silencioso... El asunto que a él le había traído de nuevo a la guarida de los salteadores, era muy otro que el asalto al Banco de Northfield. Sin embargo, pensó que aquello podía ser para él una magnífica oportunidad... Y sin decir palabra, montó también a caballo y siguió a aquellos hombres, no perdiendo nunca de vista a Jesse, que ahora ejercía sobre él la extraña atracción de su libertad y de los 25.000 dólares de recompensa.

Cuando el sábado por la mañana el Banco de Northfield abrió sus puertas, entraron los clientes habituales, que hicieron sus operaciones tranquilamente, sin sospechar nada, atentos cada uno a su personal asunto y sin preocuparse en absoluto de nada que no fuera lo que a cada uno interesaba.

Por esta razón, nadie dio importancia a la entrada de un in-

dividuo de escasa estatura, muy decidido, que andaba con aplomo y rapidez y que, a través de diversas informaciones que le fueron dando los empleados a quienes se dirigía, consiguió llegar hasta el despacho del Presidente del Banco, el señor Layworth.

Se sentó, entregando una tarjeta de visita.

—Soy Runyan... el que hasta ahora ha vivido bajo el supuesto nombre de Remington. Tengo atados los cabos.

—Señor Runyan... tengo mucho gusto en conocerla... pero no sé a qué cabos se refiere ni de qué me está usted hablando.

—Le explicaré mi visita, señor Layworth... Ante todo lea esto... ¿Ve? La banda de los James se dirige hacia acá... Me lo ha dicho uno de sus componentes, que cree estoy con ellos... ¿Qué le parece?

—Pero... ¿Qué está usted diciendo? ¿Que la banda de los James...?

—Sí, ah... viene hacia aquí...

—¿Y a qué viene? —gritó Layworth.

—Supongo que no pensará usted que viene a hacer algún ingreso importante...

—¿Vené a robarnos?

—Tiene usted una extraña cla-

rividencia, señor Layworth —sonrió Runyan, irónico.

—¡Dios mío! ¡Esto es horroroso! ¡Es la ruina! ¡Se lo llevarán todo...! Tengo cincuenta mil dólares en oro... ¡Es horrible!

—¡Ghiasss... suplico Runyan—. No arme tanto ruido... No hay ningún peligro... ¿No ve que estoy aquí?

—Sí... pero... los James...

—¡Cállese... y vómese a todo cuanto yo le indique...

A la hora convenida, la banda de los James, que había ido llegando separadamente y con perfecto atuendo que disimulaba muy bien sus caladuras, fué reuniendo en torno al Banco. De antemano tenía ya señalado cada uno su lugar. Ataban los caballos en los postes, tranquilamente, como quien viene a la ciudad sin prisa, les acarriaban el cuello y cambiaban entre ellos cordiales saludos, dándose títulos familiares:

—¡Hola, primo Busrod!... ¿Cómo sigue tía Mary?

—¡Pero si es el primo Beauregard! ¿Qué vienes a hacer aquí?

—Vengo a cambiar un billete de mil... ¿me acompañas?

—Bueno... no tengo prisa... vamos...

Entró en el Banco Jesse acom-

pañado de dos hombres más, mientras el resto de la banda quedaba apostada en diversos ángulos de la calle para protegerles la salida.

Se acercaron a una ventanilla y se sorprendieron al ver que varios clientes del Banco salían precipitadamente a la calle, mientras en el exterior sonaba a rebato una campana. Jesse miró al que estaba tras la ventanilla y que no mostraba ni extrañeza ni desasosiego, y le dijo:

—¿Haría el favor de cambiármelo este billete?

—Un momento, sí, señor... ¿De mil? Oreo que no tengo cambio en caja... Voy a ir a pedirlo al cajero... Un momento, si me hacen el favor.

Hablaba tan tranquilo, se movía tan lentamente, tenía tan poca prisa en cumplir su cometido, que Jesse empezaba a impacientarse, tanto más cuanto que aquella campana no cesaba de tocar a rebato, cada vez con mayor ímpetu... ¿Se habría declarado algún incendio?

Como contestando a su pregunta, sonaron disparos de todos los rincones del Banco.

Jesse se sintió herido, pero se puso en guardia y disparó a su vez, huyendo junto con sus hom-

bres a la calle, perseguidos por un incesante tiroteo al que los hundidos contestaban con furia y con valor.

Fué una verdadera batalla campal; caían de uno y otro bando, mortalmente heridos; los caballos, alocados, emprendían veloz carrera; la lucha era enconada y sangrienta. Runyan lo había preparado todo admirablemente, parecía imposible la huida, la mayoría de los foregidos habían quedado tendidos en medio de las calles; pero dos lograron escapar: eran los dos hermanos James que galopaban a través de las calles y se adentraban en el campo, perseguidos de cerca por Runyan y sus gentes.

Jesse desfallecía... la pérdida de sangre iba agotando sus fuerzas. Frank le daba ánimos.

—Cógete bien al caballo... no tengas miedo... yo le espolearé... agárrale a la crin... —le decía.

Jesse se sostenía a duras penas. Sus perseguidores iban ganando cada vez más terreno. No había más que una salvación posible: dejarse caer por el despeñadero y arrojarse al río. Si la suerte les favorecía y no se rompían el cráneo contra una peña, podrían cruzar a nado el río, lograr la otra orilla y ampararse en el bosque

espeso e impenetrable, despistando a sus perseguidores:

—¿Tienes ánimo para hacerlo? —preguntó Frank, que había expuesto su proyecto en pocas palabras.

—Lo intentaré... ¡Vamos!...

Fuó el primero en lanzarse, dando al caballo un enorme espoleazo para que su salto fuera lanzado al aire, huyendo así de las rocas y cayendo en el agua con un golpe seco. Tras él se lanzó, casi simultáneamente, Frank. Era ya tiempo, porque la policía estaba ya allí, sobre sus cabezas, asomada al abismo, mirando, escudriñando la sima profunda que las tinieblas de la noche hacía impenetrable.

—Jesse... Jesse... —murmuraba Frank, llamando a su hermano.

Pero Jesse no contestaba. Había tenido tiempo de cogerse al tronco de un árbol, junto a la orilla, y allí permanecía, sin fuerzas para nada más que para sostenerse penosamente.

Frank vió al caballo de Jesse, caída la silla, nadar hasta la otra orilla y perderse en el bosque, y, seguro de que su hermano había perdido la vida en aquella dura prueba, nadando bajo el agua para no ser descubierto, logró también escapar, galopando a través

del bosque cuando, cogido a la cola de su caballo, logró subir a la orilla opuesta del río.

Runyan, convencido de que Jesse no podía andar lejos, vivo o muerto, bajó, apoyándose por las peñas, y escudriñó todos los rincones de la orilla. Jesse sentía pasos sobre su cabeza. El tronco del árbol le protegía y cuando lo sentía más cerca suyo hundía la cabeza en el agua y esperaba...

Así logró escapar a la vigilancia de aquel hombre despierto, que todo lo había visto y todo lo había preparado... sin contar con la suerte fantástica que protegía a Jesse constantemente, como si un talismán misterioso velara por él.

Al día siguiente, en casa del viejo Cobb, leyeron la noticia en la prensa:

"De los ocho bandidos que intentaron asaltar el Banco de Northfel, dos han muerto y cuatro están detenidos... pero de los jefes de la banda no se sabe nada en concreto. Se ha tenido noticia de que Frank James pudo punzarse a salvo, pero se ignora la suerte de Jesse James. La opinión general es que pereció ahogado al arrojarle al río desde el desfiladero. Si no fué así tiene que estar muy mal herido y la policía pronto dará con él."

Zerelda había escuchado con el corazón desgarrado de angustia y de dolor, que se reflejaba en su rostro adelgazado y pálido, envejecido prematuramente por las muchas torturas sufridas; la lectura de la noticia periodística y cuando su tío hubo terminado y se marchó a dictar una de sus iracundas editoriales, volvió sus ojos a Will, que permanecía muchas horas a su lado, y le dijo con un acento de infinita tristeza:

—¿Habrá logrado escapar...?

—No se atormente más por ese hombre...—suplicó Will—. El ya no es el Jesse que usted amó... Aquél desapareció hace años... Hace años que está muerto para usted... A aquel Jesse yo también le quería... y le amparé aun sin conocerle... porque le sabía bueno y enamorado de usted... pero al de ahora no, al Jesse que ha cometido tantos atropellos no puedo quererle... y usted le debe olvidar... Si volviera yo a tropezar con él...

—¡Ojalá haya podido escapar!—aspiró Zerelda, que parecía no escuchar a Will.

—¿No se da usted cuenta de lo que le estoy diciendo, Zoe...? No debe pensar más en ese hombre... Ya se lo dije hace tiempo... Una vez que Jesse emprenda ese cami-

no, nadie podrá detenerlo... ¡Yo no es un héroe que combate a los opresores... es una fiera salvaje... una hiena que todo lo destruye!... Usted no puede quererle... ni usted ni nadie... Ha hecho daño a todos... aun a aquellos que tanto le querían... Hoy ya no le queda ni un amigo... ni un solo amigo en el mundo...

Aquellas palabras parecieron conmover las fibras más recónditas del corazón de Zoe... ¿Era verdad que a Jesse no le quedaba ni un solo amigo?... Acaso fuera verdad... Pero siempre la tendría a ella... ¡A ella, que seguía amándole con toda su alma!

Corrió a la cabana de las colinas. Estaba segura que si Jesse había logrado salvarse iría allá en busca de refugio. Corrió alocadamente, entró en la casa abandonada y subió a su habitación, a la habitación nupcial, a aquella habitación donde había nacido su hijo...

Jesse estaba tendido en el lecho, cubierto de sangre, casi sin vida, pálido y vencido por el dolor. Se arrojó a su cuello sollozando:

—Jesse... mi pobre Jesse... ¡Mi querido Jesse!...

Abrió él los ojos, la acarició con la mirada y murmuró con una voz apenas perceptible:

—Zee... ¿de veras eres tú?

—Sí, soy yo, tu esposa... la que no debió haberte abandonado nunca... Sabía que si podías volverías aquí... y por eso he venido...

—¡Y ya ves lo que queda de mí!... Un pobre ser agotado, indefenso, moribundo...

—¡Oh, no digas eso!... Ya verás qué pronto te pondrás bien... Espera... conmigo ha venido el niño... Voy a decirle que suba...

El pequeño Jesse subió a la habitación y se encaramó en el lecho mirando a aquel desconocido con sus ojillos curiosos:

—Mira, mamá... tiene sangre...

—dijo, acariciando aquel rostro demacrado.

—¡Hijo mío!...—murmuró Jesse, mientras gruesos lagrimones resbalaban por sus mejillas—. ¡Casi no puedo creer que sea mío!... ¡Qué crecido está!... ¡Cinco años!... ¡Cuánto pesan en una vida cinco años, Zee!... ¿Le has hablado alguna vez de mí?...

—No, no... todavía no...

Jesse estrechó sobre su corazón a aquellos dos seres que era todo cuanto le quedaba en la vida y que ahora se daba cuenta eran su mejor y más caro tesoro.

Zerelda le cuidó con amoroso cuidado; pronto sus heridas cicatrizaron, recuperó sus fuerzas,

pudo levantarse y fué de nuevo el hombre que siempre había sido: fuerte y viril, decidido y valiente.

Zerelda le miraba y parecía querer adivinar sus pensamientos. Temía que, al sentirse bien de nuevo, de nuevo quisiera volver a su vida salvaje y nómada. Jesse no hablaba de sus proyectos ni de sus intenciones.

Un día, Zee, abrazándose a él, le preguntó, mimosa y llena de esperanza:

—¿Qué pensarías... si nos fuéramos a California... y allí comenzáramos a vivir de nuevo?

—¿No será demasiado tarde?...—murmuró Jesse, temiendo que ya su esposa no pudiera seguirle.

—Nunca es demasiado tarde para volver a empezar... ¡Jesse, te quiero, te quiero!—exclamó ella.

Comenzaron inmediatamente los preparativos. Jesse estaba totalmente bien. Las maletas se llenaban y los dos esposos estaban ilusionados y dichosos como en sus mejores tiempos.

Pero mientras estaban haciendo el equipaje, el negrazo Pinkie anunció que dos caballeros querían hablar con amigo Jesse. Jesse bajó y se encontró frente a Ford que venía acompañado de su amigo. Ford le dijo que había logrado escapar de la prisión y que venía

en nombre de Frank a proponerle reorganizar la banda, aunque fuera con pocos hombres, y empezar otra vez el trabajo... Tenían proyectado un golpe magnífico y fácil. Frank quería saber si podía contar con Jesse.

Jesse dudó. La tentación era fuerte. Se trataba de una suma muy importante y él estaba sin blanca. Tendría que trabajar mucho para lograr vivir de cualquier modo. En cambio... si daba aquel golpe... Pero había prometido a Zee cambiar de vida... ser honrado y trabajador... Dudaba... dudaba...

Los gritos de su hijo que jugaba con sus amigos al salir de la escuela, le sacaron de su abstracción y salió a ver qué pasaba. Los niños jugaban a bandidos y el pequeño Jesse le dijo:

—Mira, papá... yo soy el bandido Jesse Jamca... y éstos van a matarme a tiros...

—¡Pum... pum... pum...!—gritaron los otros muchachos, fingiendo una lucha encarnizada.

—Ves, papá, ¡ya estoy muerto!—explicó el niño, echándose al suelo y cerrando los ojitos—Así es como han de matar al bandido, ¿sabes, papá?—añadió, en toda su infantil ingenuidad.

Jesse le tomó en sus brazos, le

entró en la casa, lo entregó a su madre y le dijo:

—Zee, visto pronto al niño y arréglate tú... Nos vamos ahora mismo... No quiero esperar más.

Zerelda le abrazó dichosísima... Quanto antes se marcharan tanto mejor... Empezarían una vida nueva, honrada, honesta, de trabajadores del campo sin más preocupaciones que las cosechas, el ganado, la tierra y la casa... ¡Ah, qué felices iban a ser!

Jesse despidió a Ford y a su amigo:

—Ya lo habéis oído... No vuelvo con vosotros... Me marcho a California con mi mujer y mi hijo... Todo aquello se acabó... Y decidí a Frank que le escribiré desde California... si es que no se anima a venirse conmigo, que es lo mejor que podría hacer...

Ford cambió una mirada con su amigo y los dos se despidieron de Jesse muy contrariados.

Salieron a la calle y quedaron arrimados contra el muro de la casa, espiando por la ventana. Jesse comenzó a recoger las cosas de la habitación. Tenía que guardar bien guardado aquel cuadro hecho por Zerelda con tanto amor en el que figuraba, primorosamente bordada, esta inscripción: DIOS BENDIGA NUESTRO HOGAR.

T I E R R A D E A U D A C E S

Subióse a una silla y en el momento en que intentaba descolgarlo del clavo en que estaba suspendido, sonaron unos disparos: Ford había entreabierto la puerta y desde la calle se ganaba aquellos 25.000 dólares que desde hacía tanto tiempo le estaban tentando.

Jesse lanzó un gemido de dolor y se desplomó al suelo sin vida.

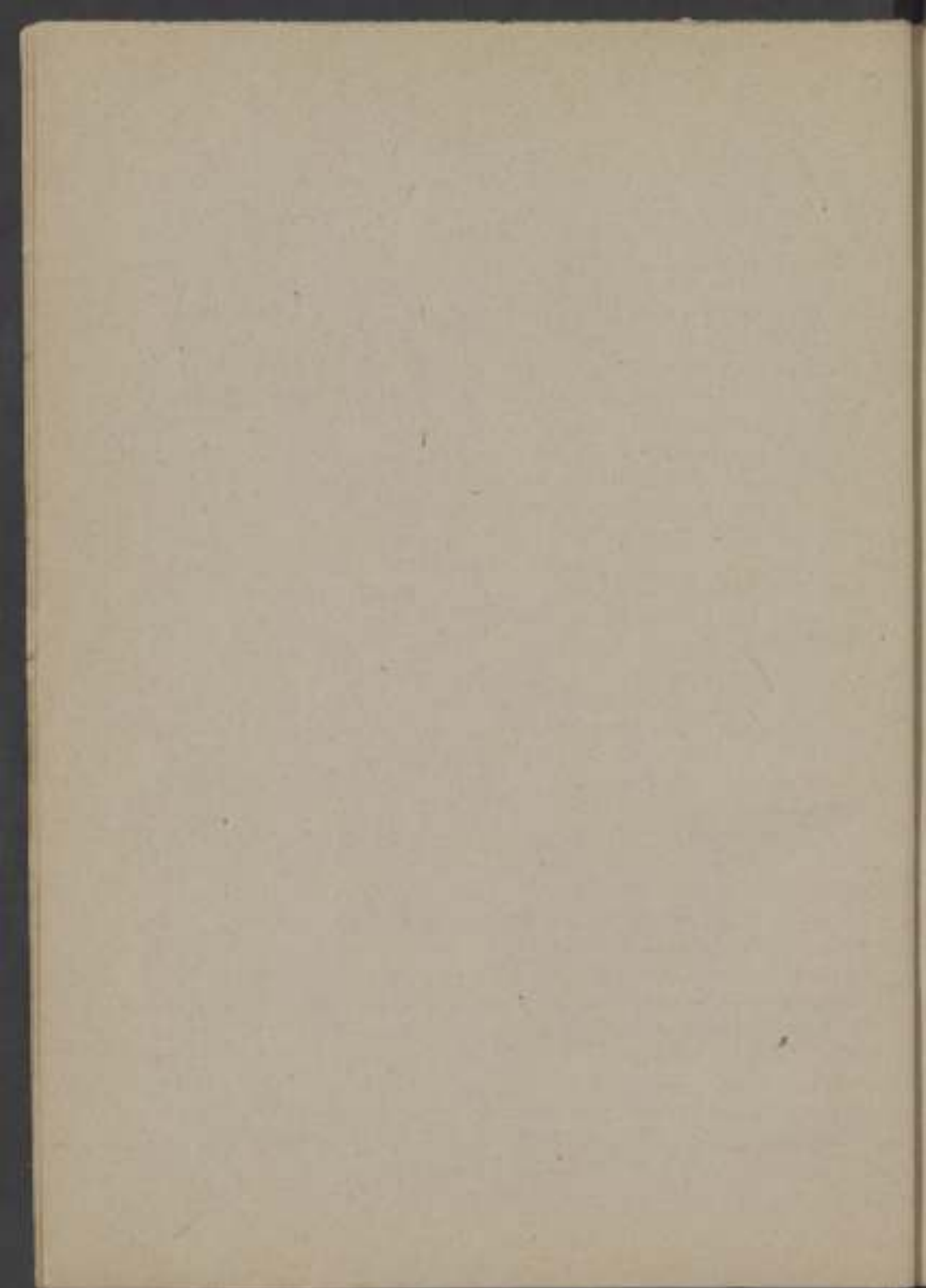
La muerte había sido instantánea.

Zee se precipitó sobre el cadáver de su amado... ¡Muerto a balazos, como tantas veces temió!... ¡Muerto ahora que creía haber hallado la felicidad!

Y en un grito de suprema desesperación, repitió incansablemente el nombre del amado:

—¡Jesse!... ¡Jesse!... ¡Jesse!...

F I N



ESPIRITU DE CONQUISTA

Argumento de

ZANE GREY

Guión cinematográfico de

ROBERT CARSON

Dirección

FRITZ LANG

Es un film

TWENTIETH CENTURY-FOX

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

PRINCIPALES INTERPRETES

Robert Young - Randolph Scott - Deen Jagger - Virginia Gilmore
John Carradini - Slim Summerville

Prohibida la
reproducción

Argumento narrado
por Ediciones Bistagne

Espíritu de conquista

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Galopaba por la pradera alocadamente, desesperadamente. El sheriff y sus hombres le perseguían de cerca. No quería caer en manos de ellos. Galopaba como un centauro sobre su querido "Veloz" que parecía comprender el peligro y con las crines al aire, la cola rígida, tendido el cuello, los remos ligeros, galopaba sin descanso mientras una espuma blanca iba cubriendo su cuerpo de seda, su brillante pelo negro pintado de blanco, que ahora se movía al compás del galope en una cadencia que demostraba la altura de su rango de pura raza.

No podían parar. El sheriff les había perdido la pista, pero no podían pararse. Debían ir lejos, muy lejos, porque no era el sheriff el peor peligro para el jinete, sino los de su propia pandilla, los bandidos de los que formaba parte y de los que ahora hula en un ansia de olvido y regeneración. Espoleó al caballo tratando de hacerle correr aún más rápidamente; pero "Veloz", ya sin fuerzas, comenzó a cojear. Shaw bajó del caballo, le miró los remos, dió un

suspiro y acariciando el cuello del animal, que parecía entenderle, le dijo:

—¡Pobre "Veloz"!... ¡Siento separarme de ti, pero no hay más remedio!

Le quitó los arreos, la silla y la manta, que cargó sobre su hombro, volvió a acariciar al caballo que se quedó tranquilo pastando en la pradera, y siguió marchando a buen paso, hacia su meta, bien apretadas al cinto sus dos pistolas, atento el oído y el ojo avizor.

Cuando iba a vadear un riachuelo, encontró caído al borde del mismo a un desconocido, mal herido, derrengado, casi sin aliento; y junto al herido el caballo en que debía ir montado y el mulo que transportaba su equipaje. Shaw se acercó al desconocido y con el mismo tono con que había hablado a "Veloz", un tono entre indiferente y profundo, un tanto irónico y un mucho sincero, le dijo:

—¡Hola, forastero! Lo siento, pero voy a tener que tomar prestado su caballo. Cogeré también de paso su revólver.

El herido no contestó. Estaba demasiado extenuado para replicar ni para defenderse. Le dejó hacer. Shaw montó a caballo, guardó el revólver y comenzó a caminar; pero al volver el rostro para comprobar si aquel hombre le seguía o intentaba agredirle de algún modo, le vió de bruces en el suelo, sin sentido. Volvió sobre sus pasos, saltó a tierra, cogió al hombre en sus brazos, le dió a beber un trago y cuando logró reanimarle le preguntó:

—¿Qué le duele?

—El tobillo... y aquí... y aquí—replicó el herido, señalando sus costados.

—Le hicieron la zancadilla, ¿eh?

—No; me tiró el caballo.

—Hay que ver eso... Tranquilo, ese...

Le levantó la chaqueta y la camisa, le tentó las costillas, se dió cuenta de que tenía rotas por lo menos dos y cogiendo una soga larga que llevaba el forastero, se la arrolló en torno al cuerpo en forma de vendaje, un vendaje primitivo que alivió mucho al herido.

—¿Está mejor?—inquirió Shaw.

—Mucho mejor, gracias... sonrió el forastero mirando con una mirada escrutadora a aquel hom-

bres que había comenzado robándole el caballo y la pistola y había acabado curándole y ofreciéndole su compañía hasta el más próximo apadero.

—Vamos, no podemos quedarnos aquí... Se escucha rumor de pisadas de caballos... y debemos marcharnos... Vamos, yo le ayudo... suba a caballo; yo iré andando... Así... ¿Le duele mucho? Tome... masque un poco de tabaco... Cuando se masca tabaco el dolor se olvida.

Marchaban silenciosos, a buen paso, porque Shaw tenía largas las piernas y estaba acostumbrado a las largas caminatas a través de praderas y bosques. El desconocido cabalgaba y sólo de vez en cuando dejaba escapar un leve quejido que le arrancaba el dolor.

Tras un largo silencio Shaw preguntó:

—¿Por qué no dice en voz alta lo que está pensando?

—Porque no pienso nada—afirmó el otro con aplomo.

—¡Uf!... ¡Vaya un regalito!—gruñó Shaw, que era lo último que esperaba de él mismo: socorrer a un desconocido, venderle y acompañarle hasta el apadero.

—¿Qué dice?

—Nada... nada... Ya hemos llegado; esto es el apadero; le de-

jaré aquí—dijo mientras le ayudaba a bajar del caballo y le dejaba tendido en el suelo, recostado contra un terraplén situado a pocos metros de la cabaña que servía de apadero—. Me quedaré con el caballo, puesto que todavía lo necesito...

—Puede quedarse con el caballo y con todo lo que usted quiera... —sonrió el herido, con una sonrisa llena de agradecimiento.

Shaw hizo caracolear al caballo, disparó al aire varios tiros para dar la señal de alarma y antes de que nadie hubiera podido acudir, estaba ya lejos, a galope tendido, perdiéndose en las sombras de la noche y envuelto entre los matorrales del bosque.

El forastero fué atendido por los que ocupaban la cabaña y que eran guardias rurales al servicio del sheriff de la demarcación. Le atendieron, le cuidaron, le inspeccionaron por si fuera alguno de los bandidos a quienes andaban buscando y esperaron a que estuviera en disposición de contarles quién era y qué le había pasado.

El desconocido les dijo que se llamaba Edward Creighton, que era ingeniero y que se dirigía al campamento de la Western Union. Tuvo también que explicarles que la Western Union era la compañía

que instalaba el telégrafo a través de todos los Estados y que estaban tendiendo la línea que había de unir el Este con el Oeste. No le entendieron muy bien, pero creyeron en él. Le trataron bien, le cuidaron, le construyeron ellos mismos unas a modo de muletas con las ramas de un árbol y cuando, ya lo bastante repuesto para seguir el viaje, le ayudaron a subir a la diligencia y Creighton les regaló a uno su reloj con cadena y al otro varios billetes de banco, se quedaron pasmados de tanta generosidad y le saludaron con redoblado afecto hasta que se perdió de vista.

—Es una gran persona ese Creighton... pero no he creído una palabra de todo eso del telégrafo... ¡Ni siquiera creo que exista eso del telégrafo! —exclamó uno de los dos guardas.

—Pero es una buena persona, de todos modos —comentó el otro, mientras contemplaba extasiado el reloj y murmuraba—: Aunque tampoco entiendo para qué sirve ese chisme... es una prenda bonita y suena bien... ¡muy bien!

Creighton llegó al campamento de la Western Union sin más novedad. Ya no le hacían falta sus muletas. Podía dar órdenes y elegir al personal que entraba a tra-

bajar. Acudían hombres de todas las castas en busca de trabajo, de aquel trabajo que aunque era penoso estaba bien retribuido. El capataz daba instrucciones a los que venían a alistarse; el médico les revisaba de una manera sucinta y somera; y así quedaban contratados unos para cavadores, otros para carreteros, otros para perligueros, otros para cortadores de madera, etc. Y así quedó contratado también Herman, un viejo cocinero, pusilánime, miedoso, lleno de supersticiones, al que contrataron contra su voluntad, sólo porque había dicho que conocía diez modos diferentes de guisar el cordero.

—Pero yo no quiero salir de mi pueblo... Yo no me quiero encontrar con los indios... yo no quiero exponerme... — gemía el desdichado, muerto de miedo.

—Vamos, hombre, no seas gallina... que yo te enseñaré a guisar el coyote estilo piel roja ... le embromó uno de los capataces, que quedó encargado de vigilarle y no dejar que se escapara, porque a la caravana de trabajadores le era muy necesaria la presencia de un buen cocinero como el viejo Herman.

Creighton recorrió el campamento, miró si todo marchaba y

si podría darse pronto comienzo al trabajo y luego se quedó mirando hacia los corrales, en una de cuyas empalizadas estaba su hermana hablando con un hombre que hasta entonces no había visto en el campamento.

—¿Quién está con mi hermana, Pat? — preguntó Creighton a su capataz.

—El individuo a quien contraté para hacer descubiertas y cuidar de las caballerías.

Creighton se acercó a ellos y saludó a su hermana:

—¡Hola, Sue! No habéis abandonado la telegrafía por los cubillos, ¿verdad?

Sue brincó de la valla, se abrazó a su hermano y le besó tiernamente:

—¡Oh, Edward, cuánto me alegra que hayas vuelto! ¿Qué le dijo el doctor, en Washington?

—Me ha dicho que estoy fuerte como un loco y que puedo ir andando sin descansar hasta el lago Salado.

Pat Grogan, el capataz, presentó al desconocido a Creighton:

—Vance Shaw... el señor Creighton, nuestro jefe. La única persona con la que deberá mostrarse cortés.

Los dos hombres se observaron con una larga mirada de interroga-

ción; se habían reconocido en el acto. Shaw era aquel que le había salvado de una muerte segura a orillas del río.

—Celebro conocerle, Shaw — dijo Creighton sin hacer alusión alguna al pasado—. Su labor consiste en conducir caballos y ganado lejos de aquí... ¿Se cree capacitado para ello?

—Sí, señor — contestó Shaw, que no había parpadeado.

—Bien... Vamos, Sue... Estás aquí como telegrafista y no tienes nada que hacer en los corrales.

Se llevó a su hermana, a la que Shaw siguió con sus ojos, aquellos ojos profundos y llenos de misterios, que miraban frente a frente pero que nunca dejaban traslucir sus pensamientos.

Por la noche, cuando todo en el campamento dormía, Creighton entró súbitamente en el carro de Shaw, donde éste estaba preparando precipitadamente su equipaje.

—¿Por qué tanta prisa, Shaw, si no salimos hasta dentro de dos días? — le preguntó.

—Me voy esta misma noche — replicó Shaw firmemente.

—¿Por qué?

—Porque me gusta estar solo...

—El mejor modo de estarlo es meterse entre la gente... Hay un

buen sitio para usted en la Western Union, si lo acepta...

—¿Usted me lo ofrece...? ¡No me debe usted nada! — exclamó Shaw con altivez.

—Naturalmente... Yo jamás le he visto a usted en mi vida. No puedo deberle nada — replicó Creighton en tono firme, tendiendo la mano a Shaw.

—Mucho gusto en conocerle, señor Creighton... sonrió éste, estrechándole la mano con efusión, mientras en su rostro había desconcierto, alegría, confianza, satisfacción.

—Tome... masque un poco de tabaco — ofreció Creighton. Cuando se masca tabaco se olvidan las penas.

Los dos sonrieron. Y los dos se sintieron unidos por un lazo que les unía fuertemente: el de la gratitud.

Poco tiempo después, saltando de un tilbury ligero, vestido con una elegancia insolente, inadecuada en aquellos lugares de rudo trabajo donde los hombres no presumían ni hacían alarde de refinamiento, entró en las oficinas de la Western un muchacho, decidido, sonriente, seguro de sí mismo, convencido de su valía y de su elegancia, y preguntó por Creighton. Sue le mostró la puerta del

despacho, mientras con el lápiz, y en el lenguaje morse, decía a sus dos compañeros de trabajo:

—¡Vaya dandy que nos llega!

Volvióse el recién llegado sin dejar de sonreír, miró a aquella muchacha tan bonita y tan graciosa, y le preguntó, sin sentirse ofendido:

—Ha dicho usted "dandy"... Si, no se excuse... Esto es punto... y esto raya... conozco a la perfección el alfabeto morse...

—No sé a qué se refería, caballero — replicó Sue, un tanto confusa.

—Pues yo sí sé a qué se refería cuando dijo "dandy"... ¡Ya hablaremos de ello! —amenazó, riendo, porque la chiquilla le resultaba encantadora.

Se presentó a Creighton entregándole su tarjeta: Richard Blake. Era el hijo de uno de los principales accionistas de la Western. Era preciso darle trabajo, aunque no sabía qué era lo que aquel petimetre podría hacer en tan rudas faenas como las que ellos tenían confiadas. Creighton, a su vez, le presentó a su ayudante Hornes Kettle y a su capataz Pat Crogan, los cuales miraron como a un bicho raro a aquel joven tan bien vestido que hablaba con énfasis ciudadano y que pedía un

baño para quitarse el polvo del camino. ¡Como si fuera necesario quitarse el polvo en aquellas praderas en donde no había más que polvo y muy poca agua para quitárselo de encima!

Creighton le preguntó qué era lo que sabía hacer. Blake explicó que conocía el morse a la perfección y que había estudiado ingeniería en la Universidad de Harvard.

Cuando salió del despacho del jefe, Blake se acercó de nuevo al mostrador tras el cual estaba Sue y le preguntó:

—¿Es usted hermana del jefe?

—Sí... pero... ¿cómo lo sabe? — inquirió Sue, extrañada y divertida.

—Porque los dos tienen ojos señadores... ¿Es el aire del Oeste lo que los hace parecer así?

—No; lo mismo nos pasaba en el Este — replicó Sue, siguiendo la broma.

—Calebro muchísimo que no sea ilusión mía, señorita... Otro día lo comprobaré...

Blake fué la chacota de todos. Cada uno hacía un comentario distinto sobre aquel chiquillo imberbe, lleno de pretensiones, que se presentó al trabajo con un vestido de vaquero encargado en Nueva York, que les miraba a to-

dos con aires de perdona vidas y que no era más que un "dandy", como Sue le había clasificado muy bien.

Para ponerle a prueba y burlarse un rato de él, el capataz le ofreció si quería probar uno de los caballos del corral, ya que luego tendrían que hacer largas jornadas a caballo. Blake aceptó sin titubear, sin dudar, sin sospechar la jugarreta que le estaban preparando. Le dieron el caballito más nervioso e indómito de cuantos tenían. El joven montó con seguridad, supo aguantar el encabritamiento súbito del caballo salvaje que se resistía a su carga, y supo sostenerse, como un centauro, cabalgando a través del campamento, entre gritos de susto, de admiración, de extrañeza, porque aquel chiquillo que parecía incapaz de aguantarse ni un segundo sobre el lomo del animal, galopaba tranquilamente, sosteniendo la rienda con fuerza, acariciando el cuello del indómito caballo al que fué apaciguando lentamente, logrando dominarlo por entero y llegar de nuevo a los corrales en un trote perfecto.

—Lindo animal, caballero — dijo, saltando al suelo y entregando las riendas con displicencia—. ¿No tienen otro por el estilo?

—No es más que un fanfarrón —gruñó el que le había querido hacer una mala pasada y ahora se sentía defraudado.

—¡Y un gran jinete también! —añadió Sue, admirada, mientras Shaw, que estaba a su lado, envolvía a aquel muchacho en una larga mirada de desafío.

Aquella misma noche, Blake acudió a la oficina de telégrafos donde trabajaba Sue. La joven le recibió atentamente, le ofreció una silla y estaba dispuesta a charlar con él; sólo que... en otra silla, y habiéndole tomado la delantera, estaba Shaw, que también venía con frecuencia a charlar con la muchacha. Los dos hombres se miraron sonriendo y convinieron en que era mejor que los dos se marcharan y dejaran tranquila a Sue con su trabajo.

Ya en la calle Shaw dijo:

—No había tenido ocasión de felicitarle hasta ahora por lo del potro. ¡Ha sido magnífico!

—Sí... no ha estado mal. ¡Hacen siempre lo mismo con los novatos?

—Depende de quién sea el —contestó Shaw.

—Lamento haberles defraudado... pero eché los dientes montando en silla... ¡Adiós, señor Shaw!

—¡Adiós, señor Blake...!

Dieron la vuelta en torno a la oficina y volvieron a encontrarse de manos a boca ante la puerta. Los dos se echaron a reír, se cogieron del brazo y se fueron juntos, como dos buenos camaradas.

Pronto comenzaron a adentrarse por las praderas, tendiendo los cables. En las primeras jornadas, Sue iba con ellos, cabalgando al lado de su hermano, y, cuando se alejaba para atender sus obligaciones, iba siempre escollada por Shaw y Blake.

El día que tuvo que despedirse de ellos, para volver a Omaha a atender la oficina de telégrafos, Sue sintió que se llevaba en el corazón algo muy grande, muy bello y al mismo tiempo muy doloroso. Se quedó viendo como partían los carros, y agitó la mano en señal de despedida hasta que sus ojos no consiguieron ya distinguir la caravana, que quedaba envuelta en una nube de polvo. Entonces hizo volver grupas a su caballo y volvió a Omaha, guardando como un perfume maravilloso y exquisito aquel secreto que perfumaba su alma.

Aquella misma noche, cuando estaba atenta a su trabajo, Shaw llegó a la oficina. Había cabalga-

do once millas para poder ver de nuevo a Sue.

—Buenas noches, señorita... — dijo, un poco emocionado, casi sin saber cómo empezar la conversación.

—¿Ocorre algo malo? — inquirió Sue.

—No... nada de eso... Pero estamos todavía muy cerca de Omaha... y como tenía aquí un trabajo...

—Yo también tenía aquí un trabajo... — dijo Blake, que estaba tranquilamente sentado, porque había tomado la delantera a Shaw.

Los tres se echaron a reír; y Sue comentó, para evitar que entre los dos hombres pudiera haber discordias:

—Bueno, tanto mejor... Así se harán compañía mutua al regreso...

Los trabajos iban avanzando. Habían ya abandonado la pradera y comenzaban a adentrarse en las colinas. La expedición empezaba a hacerse peligrosa y cada hombre iba provisto de un revólver con el que poder defenderse en caso de necesidad.

Como respondiendo a aquellos preparativos una noche trajeron al campamento, muy mal herido,

a Herb, uno de los muchachos que guardaban el ganado.

—Los indios nos han robado... Hicimos lo que pudimos... — dijo el infeliz, casi sin poder hablar.

Shaw hubiera querido preguntar muchas cosas al herido, pero este no hubiera podido responderle. Fué atendido por el médico, que quiso practicarle la extracción de la bala, apostándose con Charlie el jornal de una semana si le salvaba la vida. Poco después de entrar en la tienda donde realizó la operación, el médico salió y, por toda explicación, entregó a Charlie el precio de la apuesta. Herb había muerto sin poder explicar qué era lo que había sucedido.

—Aquí es donde empiezan a darnos un dólar extra — comentó Charlie, dando un codazo al cocinero que hizo primero un gesto de alegría por el dólar, gesto que se convirtió en mueca de pánico al pensar en los peligros que corrían.

Shaw, después de meditar largamente, dijo a Creighton:

—Yo no veo claro eso del robo del ganado. Los habitantes de esta comarca nunca roban cuando abundan los búfalos tanto como por aquí.

—¿Cree usted que se trata de

cuatreros? — preguntó Creighton.

—No lo sé. Echaré un vistazo. No necesito que nadie me acompañe. Hemos de ser cautos. No podemos suscitar una guerra con los indios. Ante todo hay que saber con qué clase de gente vamos a tener que tratar.

Fué a los corrales, montó en su caballo y renunció a la compañía de Blake que estaba empeñado en ir con él a aquella aventura.

—Lo siento, Blake... pero este trabajo no se confía a un novato... por mucho que valga.

Shaw cabalgó a galope a través de la noche. Conocía bien todos los caminos; y conocía mejor aún el lugar donde podría encontrar a los autores del robo. No tardó en distinguir a lo lejos a un grupo de indios en torno a una hoguera. Bajó del caballo, empuñó las dos pistolas y se acercó a paso de lobo, sin ser oído. Cuando estuvo muy cerca de ellos les gritó:

—¡Quietos! Levantaos y dad la vuelta despacio...

Intimidados por la sorpresa inesperada, aquellos hombres levantaron las manos y dieron el rostro: eran caras patibularias, de malhechores disfrazados de indio para mejor perpetrar sus fechorías. Reconocieron a Shaw y le miraron con sorna:

—Sáhlamos que volverías cual-quier día... No te habíamos visto desde aquel asuntillo de marros... ¿Estuviste en Misauri? — le preguntó Slade, el jefe de la banda.

—No, en Omaha... No fué muy arriesgado... Mi cara no es tan conocida como la tuya... y ahora trabajo en la Western Union... He venido por el ganado que robasteis — replicó Shaw.

—¿Qué significa eso de robo?... Na somos ladrones... sino soldados confederados... y requisamos... lo mismo que hace nuestro comandante... Servimos a nuestra causa —dijo con mucha ironía Slade—. ¿O es que has olvidado que tú también eres de Misauri, como yo?

—Los que se alzan en contra de la patria dejan de ser mis paisanos — afirmó Shaw.

—Pero siguen siendo los míos... ¡No quiero que se tienda ese alambre yanqui y no se tenderá mientras yo tenga un hálito de vida!

—Debe darte mucho dinero... ese modo de hacer la guerra... Quiero el ganado, Jack.

—Ya sabes lo que tienes que hacer para conseguirlo—replicó Slade haciendo un expresivo gesto que significaba que tendría que pagarlo muy bien, si lo quería recuperar.

Shaw volvió a subir a su caballo, antes de que aquellos hombres se apusieran a su regreso al campamento, y cabalgó toda la noche hasta llegar, rendido, al lugar donde acampaba la Western Union.

—¿Ha encontrado algún rastro? —preguntó Creighton al verle llegar.

—Están a veinte millas río arriba.

—¿Indios?

—Sí—replicó Shaw, sin vacilar.

—Bien. Reuniremos hombres e iremos a buscarlos.

—¡No... no lo haga!—exclamó Shaw—. Es una banda de Dakotas... Conté más de doscientos caballos... Intenté hacerles razonar, pero no me quisieron oír. Mi consejo es cargar la pérdida a cuenta de los indios... y dejarlo así... Yo, como responsable del ganado, reconozco mi culpa al dejarlo robar. Lo mejor que puedo hacer es renunciar al cargo.

—¿Qué le interesaría, Shaw! Usted no es responsable en modo alguno de lo ocurrido. Además, le necesito—afirmó Creighton.

—Usted es el amo — replicó Shaw, bajando la cabeza y someténdose a la voluntad de su jefe.

Pocas semanas después llegó al campamento la encantadora Sue, la hermana de Creighton.



Frank y Jesse James fueron los dos bandidos más famosos de aquel tiempo.

(Tierra de audaces)



—no quiero ver a Tice apenada.

(Tierra de audaces)



—No pierdas tiempo, Jesse, máchate.
(Tierra de audaces)



Se caían en medio de la expectación de cientos habían
 sido expoliados.
(Tierra de audaces)



—Tú... esposa mía... ¡te amo!
(Tierra de audaces)



—Tenemos que marcharnos de aquí...
(Tierra de audaces)



Entusiasmado, Anco, iracundo, increpó duramente a sus hombres.
(Tierra de audaces)



¡Muerte a ladrones, como tantas veces lo temió!
(Tierra de audaces)



—Es usted hermana del jefe... ¿verdad?
(Espíritu de conquista)



Shaw hubiera querido preguntar muchas cosas al herido...
(Espíritu de conquista)



Se estrecharon aumentando las manos y se miraron a los
ojos largo rato...

(Escena de conquista)



—Cuando yo necesite su ayuda, se la pediré— contestó
Shane con firmeza.

(Escena de conquista)



En un breve conciliábulo se pusieron de acuerdo
inmediatamente.

(En busca del asesino)



Polly hablaba con firmeza. Bill Smith la escuchaba con
atención.

(En busca del asesino)



—Vamos a ver, cuéntame todo lo que pasó—dijo Diné aguantándose la barbilla con una mano.

(En busca del asesino)



—No vuelvas la cabeza... Alguien nos viene siguiendo.

(En busca del asesino)

—¿Qué diablos has venido a hacer aquí?—le preguntó su hermano, entre indignado y satisfecho de poderla abrazar.

—Soy el nuevo operador que solicítaste—replicó Sue, sonriendo.

Creighton dirigió a Blake una mirada fulminante y éste explicó:

—Yo telegrafíé a Omaha diciendo que faltaba un operador... pero ignoraba a quién iban a mandar.

—Apuesto que usted es el responsable de todo esto — aseguró Creighton—. Y tú te marcharás a Omaha en cuanto llegue la diligencia, y te estarás allí quietecito hasta que yo te mande buscar.

—Buono, volveré a Omaha... pero ya estoy contenta de haberlo podido ver—dijo Sue muy tímida.

—¡Déjale de cuentos, zalamera! Shaw, usted será el responsable de mi hermana mientras esté aquí... y cuidará de que tome la diligencia para el Este, en cuanto llegue.

—Con mucho gusto, señor—replicó Shaw, encantado del encargo que le hacía.

Cuando Creighton salió del despacho, Sue comentó, refiriéndose a su hermano:

—¡Es una gran persona!

—Toda la familia es igual — afirmó Shaw.

Y Sue sonrió, porque "toda la familia" de Creighton era ella.

Cuando oyeron los cascabeles y el resallar de látigos de la diligencia que se acercaba, se apresuraron a salir. Sue, con las prisas, se enredó en la cadennita que pendía de su cuello y cayó al suelo un magnífico camafeo que colgaba de ella. Shaw lo recogió y se lo devolvió.

—Es una figura muy bonita — dijo, al entregárselo.

—Mi hermano dice que se parece a mí... pero son prejuicios—dijo Sue.

—Esta vez no, señorita... Yo también creo que es tan bonita como usted.

Sue no contestó y se encaminó hacia la diligencia.

—Supongo que este lugar debía ser muy tranquilo antes de que llegara la Western... y que volverá a ser muy tranquilo después...

—Para mí dejaré de ser tranquilo en cuanto parta la diligencia—dijo Shaw, en un arranque de sinceridad.

Sue se quedó súbitamente seria.

—Espero que no habré dicho nada inconveniente... Ya sé que no puedo hacer nada ante un hombre como Blake... — añadió, como hablando consigo mismo.

—¿Por qué no me deja decirlo a mí?—replicó Sue.

Shaw sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Dehl haberla conocido hace dos años... Desde entonces he cometido algunos errores... — murmuró.

—Los errores se pueden corregir.

—No siempre, Sue... Creo que no volveremos a vernos nunca—dijo Shaw, ayudando a Sue a subir a la diligencia.

—No diga eso... Nos veremos en Lago Salado — aseguró ella con una infinita ternura en su voz.

—Quizá... De todos modos, yo pensaré siempre en usted...—murmuró Shaw, muy conmovido.

—Esto puede ayudarle — dijo Sue, entregándole el camateo a tiempo que le daba la mano en señal de despedida.

Se estrecharon fuertemente las manos y se miraron a los ojos un largo rato.

—Gracias, Sue... ¡Adiós! — balbució él, sintiendo que su corazón se iba con la diligencia, hincado muy hondo en el corazón de aquella criatura encantadora, a la que amaba con la misma pureza con que se ama la luz de la estrella favorita que titila en la noche serena.

• • •

La brigada que colocaba los postes para la extensión de los cables se hallaba muy lejos del campamento cuando fué visitada por los indios. Había cundido la alarma entre la gente, a la que Shaw impuso calma y silencio, aunque difícilmente conseguía mantenerles tranquilos, particularmente a Blake, que se sentía nervioso y hubiera querido disparar contra aquellos hombres que iban acercándose a todo el correr de sus voladores caballos.

—¿Pero qué le pasa, amigo? Parece usted una polilla enferma—le dijo Homer, que tenía más calma—. Mejor será que conectemos un cable y demos por telégrafo la noticia al campamento, para que vengan a ayudarnos... Creo que será más rápido que ir hasta allá. ¿no le parece?

Se subió por el poste y comenzó a conectar tranquilamente, mientras los indios llegaban hasta ellos. No venían en plan de ataque, pero en cambio venían totalmente embriagados. Pedían whisky a voces, lo registraban todo, andaban dando traspiés y lanzando gritos ensordecedores... Uno de los indios quiso apoderarse del sextante de Blake, aparato que le llamó poder-

rosamente la atención. Shaw quiso impedirlo, pero el indio se empeñaba con terquedad de beodo, y Blake, sin hacer caso de las repetidas advertencias de Shaw, disparó contra los indios burlando al que quería llevarse su sextante.

Shaw tumbó a Blake de un puñetazo en la barbilla.

—Así agradece que haya tratado de ayudarlo... — gruñó Blake, levantándose y sacudiéndose el polvo.

—Cuando yo necesite su ayuda, se la pediré — contestó Shaw con dureza.

—¡Tendrá que pedirme la de rodillas! — afirmó Blake. Y al mismo tiempo hizo una mueca de horror, porque allá arriba, en la cima del poste donde había subido a conectar el cable, Homer pendía mortalmente herido por una flecha de los indios.

El telégrafo trajo en aquel momento, a través del acústico, la noticia de que los indios atacaban el campamento. Los hombres corrieron allá para ayudar a sus compañeros. La lucha fué dura, enconada, furiosa. Los indios atacaban con saña, pero los de la Western Union supieron defenderse y lograron, al fin, ponerlos en desbandada gracias a sus poderosos rifles.

Pero quedaron en el campo muchos cadáveres y muchos heridos a quienes había que atender. El médico no se dio un minuto de sosiego y fué atendiendo a todos con el máximo cuidado. Charlie le ayudó en aquella tarea y cuando el doctor le dió las gracias por ello, dijo éste:

—No hay de qué, doctor... No me importaría todo lo que ha pasado, si fuesen indios de veras los que han atacado el campamento. Pero éste que está aquí tendido no es indio... No hay ningún piel roja con esta cara...

Le arrancó de golpe la peluca y descubrió a un hombre blanco, pintarrajeado, disfrazado de indio. El médico se dispuso a curarle rápidamente.

—Hay que volverle a la vida... El señor Creighton querrá hacerle muchas preguntas.

Pero el indio blanco no pudo proferir más palabras que los quejidos que le arrancaba el dolor de la operación. Murió sin haber hablado.

Creighton ordenó que le enterrarán inmediatamente y que se silenciara aquel hecho. Los hombres del campamento debían ignorar que había gente blanca mezclada a los indios. Luego se dirigió a Shaw y le preguntó:

—¿Qué opina usted de esto?
¿Tiene alguna idea de lo que ha
podido pasar?

—No—replicó Shaw con el ros-
tro serio y la expresión reconcen-
trada.

—Dice usted que los indios que
vieron ustedes hoy estaban borra-
chos... Un hombre blanco disfra-
zado de indio, ha participado en el
ataque al campamento... De modo
que debe haber blancos que han
embriagado a los indios conven-
ciéndoles de que nos atacasen...

—No todo son amigos en estas
tierras—se limitó a decir Shaw.

—Aparentemente no... ¿Está us-
ted seguro de que los indios que
se llevaron aquella vez nuestro ga-
nado eran tales indios?—preguntó
Creighton mirando fijamente a
Shaw.

—Desde luego tenían ese aspec-
to — respondió Shaw sin dar una
contestación categórica.

—Bien... no hay más que ha-
blar. Desde hoy tomará usted el
puesto de Crozan como capataz.
No necesito recordarle la respon-
sabilidad de este cargo — dijo
Creighton, que tenía puesta toda
su confianza en aquel hombre ex-
traño, que ocultaba un pasado te-
nebroso.

—Gracias... pero no puedo

aceptar... no tengo suficiente ex-
periencia... Aceptaría, pero...

—Es preciso que alguien se en-
cargue de todo y nos procure al-
gunos caballos...

—¡Eso sí lo haré! — afirmó
Shaw con alegría—. En Sage debe
haber sesenta o setenta cabezas de
ganado.

—¿Se queda, verdad? Mañana
mismo iremos a la ciudad a com-
prar lo que haga falta.

—Lo que usted mande, Creigh-
ton. Buenas noches.

Cuando Shaw salió, Blake qui-
so dar algunos consejos a Creigh-
ton haciéndole ver la extraña con-
ducta de Shaw, haciendo hincapié
en la ausencia de éste el día que
robaron los caballos y el modo có-
mo se había portado con los in-
dios borrachos:

—Parecía que trataba delibera-
damente de animarlos para que
nos atacasen... No es que yo quie-
ra enredar las cosas más de lo que
están, pero...

—Pero conoce usted muy poco a
los hombres para juzgarlos, Blake
—interrumpió Creighian.

—Y conozco muy poco el Oeste
para comprender muchas de las
cosas que aquí pasan. Buenas no-
ches.

Al día siguiente fueron a la ciu-
dad, a la feria de ganado. No ha-

había necesidad de buscar mucho: los caballos robados estaban allí. Se dirigieron derechamente al que los cuidaba, que miró a Shaw con aquella mirada perversa de unos ojos claros llenos de maldad y le saludó como a un viejo conocido:

—¡Hola, Vance...! Sabía que te vería en la feria... ¿Es usted Creighton, de la Western Union, verdad? Yo soy Jack Slade — se presentó a sí mismo—. ¡Un buen lote de caballos es el que tengo! ¿Le interesa comprarlo?

—Tal vez... ¿Qué pide usted por ellos?

—Nuestro campamento fué asaltado por los indios—explicó Blake con volubilidad— y se llevaron las reservas.

—Entonces éstos son los que ustedes necesitan — afirmó Slade, mientras Shaw permanecía en un cerrado mutismo.

—Eso creo yo... son los nuestros... los que nos robaron—aseguro Creighton.

—¿No querrá acusarme de ladrón de caballos, eh? — inquirió Slade, con una sonrisa perversa—. Estos caballos se los compré a un grupo de indios... Y en esta tierra, para llamar a un hombre cuatrero, es preciso tener pruebas... He adquirido estos animales de hue-

na fe y pienso venderlos de la misma forma...

—Bien... iré a ver lo que la ley dice al respecto—dijo Creighton.

—No hay abogados en estas tierras.

—Pues aplicaré la ley por mi cuenta.

—¿Qué mal efecto causaría esto?... ¡La Western Union, ahorrando a un hombre blanco por lo que han hecho unos indios!... — exclamó Slade cínicamente.

—Tiene usted respuesta para todo—comentó Creighton, mordiéndose los labios.

—Shaw podrá informarle un poquito también... Conoce las costumbres de la región tan bien como yo—apuntó Slade, mirando a Shaw, que le devolvió una mirada cargada de pesadumbre.

—Lo que dice ese hombre es verdad... — murmuró tras un breve silencio en el que sostuvo una encanada lucha en su interior—. No puede usted acusarlo de nada, señor Creighton.

—De acuerdo... Voy a darle los cinco mil dólares que me pide, porque tengo mucho trabajo y ningún tiempo que perder... La operación da por entendido que dejamos zanjada la cuestión definitivamente... Pero si vuelve a molestar a la Western Union le daré

plomo en vez de oro... ¿Está bien claro? Hágame una factura y le veré en el salón dentro de quince minutos...

Se alejaron de allí. Creighton, preocupado, preguntó a Shaw:

—¿Conoce usted mucho a ese hombre?

—Sí.

—¿Antiguos amigos?

—Paisanos... Nos criamos los dos en el mismo rincón del Missouri—replicó Shaw, sin ganas de dar más explicaciones.

Creighton no insistió, y Blake se mordió los labios, porque sentía ganas de abofetear a Shaw, al que creía un hipócrita redomado y el causante de todos los males que ocurrían a la Western Union.

Quince minutos después llegaron a lo que pomposamente llamaban salón y que era el bar de la ciudad.

—¿Que van a tomar?—ofreció Slade, como si hablara a camaradas.

—La factura—replicó escuetamente Creighton.

Slade entregó la factura a cambio del cheque extendido por Creighton, y se despidieron:

—¡Adiós, señor Creighton...! Da gusto tratar con personas como usted—dijo Slade, haciendo alarde de su cinismo.

—¿Por una sola vez?—replicó Creighton, fingiendo no ver la mano que Slade le tendía.

Para la banda de Slade había sido aquella una buena operación, y el preludio de otras no menos ventajosas que habían de reportarles muchos dólares... mientras Shaw estuviera con ellos...

Cuando Creighton, Shaw y Blake salieron a la calle, el capitán de un piquete de caballería que acababa de llegar a la ciudad, les detuvo.

—Traigo malas noticias para la Western Unión, señor Creighton—dijo—. El jefe de los Sioux Ogallala nos ha dicho que no les dejará tender la línea a través de su territorio.

—¿Por qué?

—Porque uno de los hombres de la Western ha herido a su hijo.

Shaw miró a Blake, que no tuvo valor para aguantar su mirada y bajó los ojos confundido, comprendiendo demasiado tarde los nefastos resultados de su acto de rebeldía.

—Llegaron borrachos, capitán—explicó Creighton—. Asaltaron el campamento y mataron e hirieron a varios de mis hombres.

—Caballo Negro dice que ninguno de sus indios tocó a un hombre blanco. Que algunos renegados

se capturaron la amistad de los jóvenes indios para realizar un robo de caballos, a cuyo fin les hicieron beber whisky... Por eso afirma que los blancos son los culpables de todo.

—¿Quiénes son los renegados? —preguntó Creighton, con el ceño fruncido y la mirada dura.

—Caballo Negro asegura que no lo sabe.

—Sea como sea yo pienso tender la línea, capitán. El Gobierno cuenta con ella.

—Tiene usted razón, señor Creighton. Washington ha ordenado que les ayudemos en lo que necesitan, pero desgraciadamente el grueso de mis tropas ha sido enviado al ejército de Potomac... Tenemos un rehén al hermano de Caballo Negro... Se podría intentar ejercer presión sobre él y puede que en dos o tres semanas...

—No puedo esperar —atajó Creighton vivamente—. El invierno está muy cerca y no conviene desperdiciar un solo día. Si yo pudiera hablar con el jefe, con ese Caballo Negro, tal vez lograse que cambiara de pensamiento.

—Temo que sea demasiado riesgo después de lo que ha pasado... Tendrá que entrar en el territorio indio solo o a lo más con dos hombres, y sin armas... Aun así no

hay garantía en la respuesta—dijo el capitán.

—Con su permiso, lo intentaremos, capitán—afirmó Creighton.

Fue sin armas y acompañado de sus dos hombres de confianza, Shaw y Blake, hasta el campamento; iban bien preparados; querían mostrar a los indios que el telégrafo era una buena medicina para los enemigos y en cambio no hacía daño alguno a los amigos... Era una jugarreta de niños; pero nada hay tan infantil como el alma de un indio cuando se logra interesarle por una cosa que a él le parece sobrenatural y misteriosa.

Shaw sirvió de intérprete. Conocía bien el idioma de los Sioux e iba traduciendo a Creighton cuanto los indios le decían.

Creighton les hizo decir que el Gran Padre Blanco hablaba con el Rayo a través del alambre cantante, y que el alambre cantante era una gran medicina para librarse de los espíritus malignos y de los enemigos corporales.

Para probarse lo les mostró cómo ellos podían tocar el alambre impunemente, sin sentir daño alguno y cómo si lo tocaba alguien que quisiera oponerse a su tendido, alguien que fuera enemigo del

alambre cantante, sufría un tormento espantoso si lo tocaba.

Hizo que algunos indios cogieran el alambre y en aquel momento ordenó a Blake que dejara pasar la corriente. Los indios se retorcían en el suelo dando alaridos de pánico y de dolor.

Shaw tradujo las palabras del jefe a la vista de aquel portento:

—Dice que el Rayo del Gran Padre Blanco es la más fuerte medicina que han visto jamás y que el alambre cantante puede atravesar su nación en paz. ¡Hemos triunfado! Pero ahora convendría que nos fuésemos sin darles tiempo a cambiar de opinión.

Subieron al carromato y se alegraron los tres hombres, satisfechos del resultado de su gestión.

—Estaba completamente seguro de que saldría todo a pedir de boca—afirmó Creighton—. ¿Ustedes no?

—¡Claro que sí!...—aseguró Shaw—. Pero por si acaso...—añadió mostrando la pistola que había ocultado en su cinto.

Blake y Creighton mostraron las suyas... Los tres estaban seguros, pero los tres habían ido prevenidos para defenderse de cualquier contingencia.

Unos días más tarde, Creighton

hizo reunir a todos sus hombres y les habló con entusiasmo:

¡Muchachos! Os he llamado a todos esta noche a fin de poderos dar buenas noticias. Hemos vencido en toda la línea. Estamos en la última etapa y con la meta a la vista. Todos os habéis portado espléndidamente; y por esto cuando lleguemos a Lago Salado cada uno percibirá una gratificación de dos meses... ¡y esta noche doble ración de comida a todo el mundo!

Aquello fué una noticia sensacional y todo el campamento se inundó de alegría. Los hombres se precipitaban a recibir su doble ración y comentaban satisfechos el éxito de su trabajo y sus esfuerzos.

Aprovechando la confusión y el alborozo que reinaba por todas partes, uno de los hombres de la banda de Stufe se acercó solapadamente a Shaw y le dijo en voz baja:

—Jack quiere verte, Vance... Lo ha ocurrido algo muy grave... Ha disputado con uno y le han dado un pinchazo en el estómago...

—¿Dónde está?—inquirió Shaw.

—A un par de millas de aquí.

—Iré... Espérame junto a los corrales.

Se escabulló, amparado en las sombras, salió a los corrales, mon-

tó a caballo y partió; pero antes de haber recorrido una milla le asaltaron varios de los hombres de Slade, le maniataron y le condujeron así ante el jefe. Shaw había caído en la emboscada que le había tendido aquella fiera salvaje, contra la que era inútil luchar.

—¡Hola, Vance! No pongas esa cara, hombre, que todo lo he hecho en bien tuyo... Te he traído aquí para que no te conviertas en un asado. Pienso quemar la Western Union esta noche y no conviene que estés allí.

—Eso es una mala faena tuya, Jack... —dijo Shaw, mordiendo las palabras.

—Mira, Vance... has sido compañero nuestro y yo estoy dispuesto a que sigas siéndolo. Culla la boca y jugaremos limpio. No tengo intención de hacerte daño. He de destruir la Western Union. Si no es hoy será otro día... aunque tenga que derribar todos sus postes entre aquí y Omaha. ¿Quieres unirte a nosotros?

—¡Oye, Jack... tú estás loco!... ¡No puedes luchar contra ellos!... ¡Acabarás colgando de una horca! Allende mis consejos... ¡No hagas eso!... ¡Te ahorcarán!

—Puede que sí... puede que no —replicó Slade, siempre clínico y malvado—. Si tuvieras sentido co-

mún le quedarías aquí... y yo le daría la mitad de los beneficios...

—Me quedaré contigo con una condición... Que olvides el asunto del incendio y te vuelvas a Missouri conmigo... Nos uniremos al general Moseby en plan de guerrilleros...

—¡Atadle, muchachos, atadle fuerte... porque el loco es él... y a los locos hay que amarrarlos fuerte!...

Los bandidos cumplieron lo que su jefe les ordenaba y dejaron a Shaw atado fuertemente de pies y manos, tendido en el suelo, imposibilitado de todo movimiento; mientras ellos corrían hacia el bosque a realizar la diabólica idea del incendio de la Western Union.

Shaw se debatía en vano entre sus ligaduras. Era preciso correr al campamento a avisar a Creighton. No podía permanecer allí, inactivo, mientras los bandidos corrían a realizar su nefasto proyecto. En sus contorsiones tratando de desahirse de las ligaduras vió cerca de él el rescaldo de la fogata que tenían encendida los bandidos para guardarse del frío de la noche. Se fué arrastrando hasta llegar allí y, con valor denodado, acercó las manos al fuego y dejó que se quemaran sus ligaduras. El

fuego abrasaba sus manos. El dolor hacía brotar de su frente un copioso sudor. Sentía las angustias de la muerte; pero no se dejaba vencer. Firme en su puesto, sufriendo sin un quejido, dejó que el fuego le lamiera las manos hasta que la soga cedió y se vió libre de la fuerte atadura de sus manos. Entonces pudo deshacerse la que tenía ligada a los pies y pudo montar a caballo y partir a galope hacia la Western Union.

Pero ya los bosques estaban en llamas. Slade y sus hombres habían arrojado en aquella madera resaca y fácil a arder, botellones de petróleo, acercando luego sus antorchas y convirtiendo en una horrible antorcha todo el campamento.

El pánico, la desolación, los gritos, el desespero cundieron por todos los carros. Creighton se puso al frente de su gente. Había que salvarles a todos. Y salvar también, si podía ser, todo el ganado. Iba de un lado a otro enloquecido. Daba órdenes en medio de aquella confusión espantosa. Ardían los árboles, caían convertidos en gigantescos leños y abrasaban a quienes cogían bajo sus ramas, prendiendo el fuego en la madera fácil de los carrozcos, poniendo espanto en los caballos que se des-

bocaban, imprimiendo en los corazones la tenaza de la angustia.

—¡No tenemos salida! ¡Derechos al lago! ¡Al lago!—gritaba Creighton, ayudando a los vencidos, animando a los que todavía tenían fuerzas, siendo el primero en desafiarse el peligro.

Blake le ayudaba con energía, con serenidad, con valor. Aquel chiquillo lamberbe que llegó al campamento como un "dandy" presuntuoso y fatuo, se había convertido en un gran hombre, se había curtido en aquellos meses de trabajo constante y de constante peligro y había mostrado, en muchas ocasiones, ser un hombre cabal, capaz de toda heroicidad. Creighton le miraba asombrado del cambio y satisfecho de sentirse ayudado por él; pero estaba en falta a Shaw.

—¿Ha visto usted a Shaw?—preguntó a Blake un momento que estuvo junto a él.

—Le vi salir a galope... hace mucho tiempo... antes de empezar a cenar...—replicó Blake con un profundo desprecio hacia aquel en quien hacía resaca, en su fuero interno, todas las desgracias del campamento.

Tras denodados esfuerzos lograron salir del bosque en llamas y llegar al lago. Allí acamparon

cuando comenzaba a amanecer. Allí atendió el doctor a todos los heridos. Había casos muy graves. Nadie había escapado a las consecuencias de aquel fuego devorador.

Shaw llegó también, con las manos ulcerasadas, hasta el médico en busca de auxilio. Blake le dijo con ironía incontentida:

—No creí que llegase usted a tiempo para quemarse...

Shaw le miró con desprecio; pero no replicó. Tampoco replicó cuando Greighton le llamó a su tienda y le pidió explicaciones por todo lo pasado. Dejó que le amonestara; que le dijera que se había equivocado con él, que le echaba del campamento. Sus labios no pronunciaron una palabra.

Pero antes de marcharse se detuvo ante Blake y le dijo:

—Me marchó... y quisiera pedirle que me hiciera un favor.

—¿Un favor... a usted?—murmuró Blake, desafiándole con la mirada.

—Diga a Greighton que Jack Slade es mi hermano... Rubiera querido decirselo yo mismo, pero cuando un hombre así es hermano de uno... es mejor callarse... Dígale también que voy a la ciudad a resolver un asunto... y que no se preocupe... que Jack Slade

no volverá a molestar jamás a la Western Union...

Fué entonces Blake el que se quedó sin palabras y vió partir a Shaw siguiéndole con la mirada hasta que se perdió de vista.

Luego montó también él a caballo y galopó en la misma dirección en que había desaparecido Shaw.

Llegó a la ciudad cuando más encarnizada era la lucha. Slade y sus hombres se habían parapetado en la barbería del pueblo. Shaw luchaba con ellos desde la calle, valientemente, dando el pecho, disparando sin cesar, deshaciéndose de ellos uno tras otro; al único que no lograba vencer era a su hermano, que se defendía como un león, parapetado entre la ventana y la puerta. Los momentos eran emocionantes, difíciles, espantosos. Los tiros no cesaban de uno y otro lado.

De pronto Shaw se sintió herido, cayó de bruces en el suelo y su mano fué cediendo hasta que la pistola se desprendió de sus dedos que la muerte iba agarrando.

Blake no esperó más; sacó su pistola, apuntó y acabó con Slade, con aquella fiera salvaje que tanto daño les había hecho a los de la Western Union y que tanto daño había hecho a aquel ser noble,

leal, honrado, valiente y firme que estaba ahora en el suelo, sin vida, vida que había dado en holocausto para el triunfo de la Western y como regeneración de sus pasados errores.

El muchacho se acercó a Shaw, le cogió en sus brazos, miró de cerca su rostro y vió, pendiente de su cuello, el camafeo que había llevado Sue... Entonces comprendió por quién se había decidido el corazón de la mujer más bella que ojos humanos vieron; y comprendió también que la elección había sido acertada, sometiéndose a ella sin protesta.

. . .

Unos meses más tarde, desde el último rincón del Oeste, desde las orillas del Lago Salado, Creighton

retransmitía a Washington el mensaje telegráfico de que su trabajo había llegado a término.

—¡Quién pensaría que este leve sonido atravesara todo el continente!—murmuró Blake, mientras iba operando en el aparato retransmisor.

—Parece una música suave y bella...—comentó Creighton, orgulloso de su obra.

—¡Ojalá pudiera oír la Shaw!—suspiró Sue dulcemente, con la mirada perdida en lejanías a las que sólo su alma podía llegar.

Creighton cogió la mano de su hermana, la estrechó con ternura y replicó:

—Hay una gran distancia entre Lago Salado y el cementerio de Elkeville... pero creo que Shaw la está oyendo...

Los ojos soñadores de Sue se llenaron de lágrimas.

FIN

EN BUSCA DEL ASESINO

Argumento de

CRAIG RICE

Guión cinematográfico de

F. HUGH HERBERT

Dirección

LLOYD BACON

Es un film

TWENTIETH CENTURY FOX

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

PRINCIPALES INTERPRETES

Peggy Ann Garner · Randolph Scott · Lynn Bari
Dean Stochwell · Connie Marshall · James Gleason
Anabel Shaw · John Shepperd

Prohibida la
reproducción

Argumento narrado
por Ediciones Bistagne

En busca del asesino

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Los tres chavalillos —la mayor no contaría más allá de los doce años y el peque apenas si habría cumplido los siete— vivían eternamente en plena novela policíaca. Su madre, célebre escritora, especializada en esta clase de novelas, hablaba ante los niños de las pistas, de las indagaciones, del trabajo realizado por el detective, de las pruebas, de las presunciones, de los rastros... y les tenía siempre con el interés despierto acerca de quién sería el asesino del crimen por ella inventado en la nueva producción que tecleaba a la máquina con incansable afán, porque para ella cada novela era la solución de algún problema económico de su hogar, difícil de sostener, con aquellos tres chiquillos que la ayudaban a hacer las faenas domésticas, pero que gastaban como tres lobeznos hambrientos en cuestión comida y que siempre necesitaban dinero para sus estudios, para sus vestidos e incluso para sus pequeñas diversiones.

Dina, Lupi y Archie rivalizaban en ver cual de ellos hacía menos trabajo posible y cuál era el que leía con mayor rapidez y asimilaba mejor las novelas debidas a la

mente fecunda de la mamá. Trabajaban —¡cómo no, si mamá lo mandaba!—, pero lo hacían con desgana y siempre con un libro en la mano. ¡Ah!... cuánto más apasionante era seguir una pista, aunque fuera falsa, recelar de todo, sospechar de todo el mundo, que estar limpiando el polvo de una mesa o acarreando la basura hasta la puerta de la calle o cuidando la comida, mientras mamá tecleaba a toda prisa, con una incansable inventiva, aquellas historias intrigantes, melodramáticas, llenas de misterio y de emoción, en las que el criminal era siempre el menos sospechoso y el detective el más inteligente, guapo y simpático de los caballeros, que acertaba siempre, que no se equivocaba nunca y daba vuelta y raya a toda la Brigada de Investigación Criminal, burlándose de los que la componían; porque siempre un detective particular es mucho más inteligente y despierto que los agentes de la policía! (Esto según afirmaciones rotundas y categóricas de mamá cuando escribía sus novelas).

Por esto, aquella tarde, cuando oyeron los dos disparos consecutivos sonar en el interior de la casa

de los señores Sanford, su mente acalorada urdió en el acto toda la historia de un crimen. ¡Qué suerte! ¡Un crimen en las inmediaciones de su casa! Se verían seguramente interrogados por la policía, tendrían que tomar parte en las actuaciones del sumario, podrían declarar ante el Tribunal... y en tretanto podrían ellos actuar de policías particulares, siguiendo todas las instrucciones aprendidas en los libros maternos. En un breve conciliábulo se pusieron de acuerdo inmediatamente y quedaron al acecho, con la mirada fija en la casa de los Sanford.

No tardaron en ver salir de la casa a la bellísima y encantadora Polly Walter, pálida, desencajada, que se sentó en el coche que la esperaba a la puerta de la casa de los Sanford y rompía a llorar con desconsuelo.

—¿Lo veis?... Es cierto... Se ha cometido un crimen... y ella debe ser la criminal... y llora de remordimiento—comentó Lupi, mirando con sus ojos asustados a la joven que sollozaba, sin darse cuenta de que era espiada por los niños.

Atraídos por el crimen, se acercaron al coche y acosaron a Polly a preguntas:

—¿Qué le pasa a usted?

—¿Podemos aydarla?

—Si es usted el asesino... ¿por qué no se marcha?

—Por favor, marchaos... —suplicó Polly mirando a los niños a través de sus lágrimas—. Este no es lugar para chiquillos como vosotros...

—Es verdad... marchaos vosotros dos—ordenó Dina, con aires de suficiencia y de persona mayor.

—¿Y tú qué te crees ser... mucosa? —respondió el gran Archie con un absoluto desprecio hacia el sexo femenino, del que estaba cansado, porque en la casa él era el único representante del sexo fuerte.

En aquel momento sonaron las sirenas de la policía y los niños se hicieron a un lado para seguir observando. Llegó un coche pequeño con dos individuos de la Patrulla Criminal. Uno de ellos, el más joven y que aparentaba ser el jefe, se acercó al auto de Polly y se presentó:

—Soy Bill Smith...

—Yo soy Polly Walter... Les he llamado yo... Al entrar en casa de la señora Sanford la encontré en medio del hall, muerta... Me había invitado a tomar el té con ella. Yo soy actriz y ella era agente comercial y quería representarme... por esto vine a verla...

Los niños escuchaban ávida-

mente aquellas palabras. Polly hablaba con firmeza. Bill Smith la escuchaba con atención.

—¿Os habéis fijado?—murmuró Dina al oído de sus hermanos—. Se llama Bill Smith, como el detective de las novelas de mamá...

—¿A qué hora llegó usted, señorita Walter?—preguntó Bill.

—No sé... no recuerdo... Estos relojes son muy bonitos, pero nunca funcionan...—murmuró Polly desconcertada, mirando su relojito de pulsera.

Los niños cambiaron entre sí una mirada de inteligencia. Ellos sabían bien a qué hora habían sonado los dos disparos. Se sentían a mil codes por encima de la policía, puesto que ellos conocían un detalle de tanta importancia como era la hora exacta en que se había cometido el crimen.

Bill Smith y su ayudante O'Hara se sentían molestos con la presencia de los niños y varias veces les ordenaron que se marcharan y que no metieran las narices en asuntos que no les importaban. Pero los chiquillos no parecían dispuestos a obedecer. Todo aquella apasionaba sus mentes exaltadas y querían tomar parte activa en el descubrimiento del criminal; pero siempre como detectives particulares, que era lo verdaderamente interesante.

—¿Os he dicho que largo de aquí!...—gritó O'Hara, impacientándose.

—Ya lo hemos oído—contestó Dina—. Pero no hace falta que chille usted tanto.

—Es probable que hiciera algo más que gritar, si fuérais míos... ¡Marchaos pronto! Aquí se ha cometido un crimen y...

—Lo sabemos antes que usted... Oímos los tiros—afirmó Dina, que había tomado la voz cantante en nombre y representación de sus hermanos.

O'Hara puso un gesto de sorpresa al escuchar aquellas palabras y mirando a los niños les dijo, ya ahora muy interesado en su intervención:

—¿De modo que vosotros oísteis el tiro...?

—Los tiros...—replicó Dina, corrigiendo.

—En plural—afirmó Lupi con una expresión de gran importancia.

—Fueron dos—añadió Archie, que no quería quedarse callado, porque él era "el hombre".

Bill y O'Hara cambiaron una mirada de sorpresa y este último murmuró:

—Déjeles para mí... Tengo seis hijos y sé bien cómo se ha de tratar a esos arrapiezos.

Y acercándose a ellos en un

plan de amistosa amabilidad, les dijo, como si no quisiera averiguar nada:

—Vaya... vaya... de modo que vosotros oísteis los tiros...

—Bueno... ¿qué es lo que quiere saber? — preguntó Dina, cuadrándose ante él.

—¿Sabéis aproximadamente a qué hora sonaron los disparos? — preguntó O'Hara, desarmado por el aplomo de aquella niña, que no era del tipo común y corriente de los chiquillos que él trataba.

—Fue lo primero que observamos—dijo Dina.

—Nos fijamos hasta en el segundo—afirmó Lupi.

—Es lo más elemental—sentenció Archie.

—Bien... ¿y qué hora era?—insistió O'Hara.

—Eran las... —comenzó diciendo Archie.

Pero Lupi le interrumpió con grandes alaridos, arrojándose al suelo presa de un ataque de nervios mientras gritaba y sollozaba como si fuera víctima de la mayor de las desgracias:

—¡Ooooooh!... ¡Se ha cometido un crimen!... ¡Se ha cometido un crimen!... ¡Tengo miedo!... ¡Oh, quiero ir con mi mamá!... ¡Quiero ir con mi mamá!...

Dina la recogió, la consoló, se

mostró desconcertada con aquel inesperado ataque; pero comprendió pronto que todo era fingido y ayudó a su hermana en el mal paso:

—Es muy impresionable y nerviosa... y muchas veces le sucede lo mismo—explicó a los de la Brigada Criminal—. Yo la llevaré hasta casa... ¡Adiós...!

La cogió casi en brazos, ayudada por Archie, y se fueron a encerrar en la cocina, donde Lupi dejó su actitud doliente y mirando a su hermanita con profundo desdén, le dijo:

—¿Por qué eres tan tonto? ¡Yo ibas a cantar a la policía todo lo que sabemos!

—¿Y qué?—replicó el muchacho contrariado por el calificativo que le daba su hermana.

—Que parece que jamás hayas leído un libro de mamá. Si la policía lo sabe todo... ¿cómo va a triunfar el detective? — explicó Dina.

—¿Y quién es el detective? Ese Bill Smith es de la policía...

—Es verdad... y es raro, porque en las novelas de mamá Bill Smith es siempre detective.

—Se lo diremos a mamá... Ella sabe mucho de estas cosas y descubrirá al criminal. Siempre averigua quién es el asesino. ¡Y no

estaría poco orgullosa si veía en los periódicos con letras muy grandes: "Una novelista aclara el misterio de un crimen... La policía apabullada por sus indagaciones magistrales".

A la hora de la cena los niños mimaron mucho a su madre, la colmaron de atenciones y solicitudes, tanto que Miriam comenzó a olfatear como un perro que sigue un rastro, mirando a los niños con una carita de pícaro curiosidad.

—Estás algo mosca, ¿verdad, mamá?—inquirió Dina.

—Sí, mi vida... creo que tramais algo contra mí. ¡Estáis tan amables, cariñosos y dóciles esta noche! ¿Qué os pasa?

Los niños explicaron lo que había pasado, pero a su manera, fantaseando cuanto pudieron, con aquella desbordada imaginación que era herencia materna. Vino a ayudarles la amiguita de Dina, la gordiflona Ella, de la que Archie decía:

—Cuando viene Ella mete el mismo ruido que si viniera un elefante.

Ella traía el periódico de la noche en el que ya venía el relato del crimen de la señora Sanford. Miriam lo leyó detenidamente, miró a sus hijos y comentó:

—Supongo que vosotros no tendréis nada que ver con esto.

—Sí, mamá... Oímos los disparos —explicó Lupi—. Y sabemos cosas muy importantes que no queremos decir a la policía para que seas tú quien descubra al criminal.

—¡Ahora puedes demostrar que sabes más que la policía!—afirmó el niño con aires de gran suficiencia.

—Hijitos... comprendo vuestra intención y os lo agradezco... Pero este es un crimen de verdad y ahora es la policía la que ha de intervenir... Yo no puedo hacer nada... ¡Bastante trabajo me cuesta descubrir al criminal cuando preparo yo misma las pistas!...

La policía venía en aquel momento a hacer indagaciones al respecto. Era O'Hara que insistía preguntando a qué hora habían oído los niños el disparo.

—Disparos... disparos —reminó Dina.

—En plural —insistió Lupi.

—Pares... dos... números pares —repitió Archie.

O'Hara se sentía enervado ante aquello que él calificaba de insolencia de los niños; y preguntó otra vez a qué hora exacta habían escuchado los disparos. (Tuvo ya buen cuidado de decirlo siempre

en plural, para no ser de nuevo corregido por los mocosos.)

También vino Bill Smith, tratando de conseguir lo que O'Hara, con toda la experiencia de su paternidad, repetida por seis veces, no había conseguido. Los niños se avenían mejor con Bill Smith; les parecía un amigo, puesto que habían leído su nombre centenares de veces en las novelas de mamá.

Miriam le miró atentamente, le sonrió y le dijo, entre bromas y veras:

—Es raro que se llame usted Bill Smith... He escrito veintiocho novelas policíacas a cuyo protagonista he llamado Bill Smith... ¿no le parece gracioso?

Bill asintió; pero como lo que les interesaba no eran las novelas de Miriam, sino el esclarecimiento del crimen que aquella tarde se había cometido en casa de los Sanford, insistió tratando de averiguar a qué hora se habían oído los disparos.

—Los niños nos ayudarían si dijeran a qué hora exacta oyeron los disparos...

Lupí volvió a tener un ataque de nervios; lloró, se abrazó al cuello de su madre que trató de calmarla y serenarla, y gracias a las palabras tiernas y dulces de mamá, Lupí se calmó, miró a sus

hermanos con sus ojillos pícaros y confesó con ingenuidad fingida:

—Fué... a las cuatro y cuarto... exactamente, a las cuatro y cuarto.

Bien sabían ellos que aquello no era cierto; pero los tres afirmaron repetidamente que había sido a las cuatro y cuarto cuando oyeron las dos detonaciones.

—¿Estáis seguros de que eran las cuatro y cuarto? —insistió Bill.

—¿Cree usted que mis hijos son capaces de mentir? —exclamó Miriam, sintiendo ofendida su dignidad materna.

—No... claro que no... Sólo que la afirmación de los niños destruye por completo mi primera teoría —murmuró Bill Smith, preocupado—. Yo sospechaba de Wall Sanford, el esposo de la víctima, con la que sostenía constantemente reyertas conyugales... Pero puesto que hay testigos que le vieron bajar del autobús a las cuatro y cuarto... y los niños aseguran que a las cuatro y cuarto se oyeron los disparos...

Los niños reprimieron un suspiro de júbilo. Los tres sentían gran afecto hacia Wall Sanford y estaban contentos de haberle ahorrado verse mezclado en todo aquel asunto.

Por la noche, cuando todo dormía, las dos niñas bajaron al jardín sin hacer ruido para poder investigar por su cuenta algo acerca de lo ocurrido en casa de los Sanford. Creyeron dejar a Archie — ¡oh... era tan pequeño!... profundamente dormido en su camita. Y las dos iban decididas a hacer sus propias indagaciones, cuando de entre unas matas surgió una sombra que se interpuso en su camino:

— ¡Archie...! — exclamaron las dos niñas a un tiempo, reconociéndole.

— ¿Creísteis que me iba a quedar en casa, sabiendo que vosotras salíais? — preguntó el niño con arrojo.

— ¿Y cómo sabías que nosotras salíamos? — inquirió Lupi, muy extrañada.

— ¿Por qué pensaste que te daba un abrazo tan fuerte, eh? ¡Pues para comprobar si debajo del camión ibas vestida...! — explicó el niño sin inmutarse.

Bueno, ya que Archie demostraba tener talento como ellas, no tuvieron inconveniente en llevar juntos las indagaciones. Caminaron por el jardín, protegidos por las sombras de la noche; pero de pronto Archie tropezó y cayó al suelo.

— ¡Maldita tortuga! — gruñó el niño, cogiendo al enorme bicharraco que le había hecho caer—. Algún día nos hará romper el coco...

Para que no les volviera a ocurrir, decidieron ir al "Club" de Archie en busca de una pila para la lámpara eléctrica. El pomposamente llamado "Club" era un escondrijo casi inaccesible que había al fondo del jardín, junto a un solar abandonado. Era un solabanco al que se llegaba bajando una rampa y cuya embocadura estaba tapada por viejos tablones, unidos entre sí, formando algo que pudiera parecerse a una puerta, sobre todo contando con una imaginación calenturienta como la de Archie y sus amiguitos. Allí, en aquel "Club", se reunía con su banda y tramaban todas las fechorías que se les ocurrían. Claro, era un "Club" sólo para hombres. Y si hoy dejaba entrar a las niñas, era por pura condescendencia y atendidas las circunstancias.

Se metieron en aquella especie de ratonera, atrancaron la puerta, encendieron un fósforo y dieron un grito de angustia: ¡escondido en en el último rincón de aquel inundo agujero estaba el señor Sanford!

—¡No chilléis... y apagad la luz! —les ordenó en voz baja.

—No tenga miedo... —replicó el niño desdeñosamente—. Desde fuera no se ve ni se oye nada de lo que pasa aquí dentro...

—¿Estás seguro? —preguntó Sanford, angustiado.

—¡Segurísimo...! Como es mi club... Aquí no nos encuentra nadie... Está usted muy seguro... No tenga miedo...

—La policía anda buscándome... —murmuró Sanford, que no acababa de tranquilizarse.

—La policía cree que usted mató a la señora Sanford... pero nosotros sabemos bien que no fue usted —aseguró Dina con un aplomo que admiró a Sanford.

—Mamá dice que no debemos hacer preguntas indiscretas —añadió Lapi—. Pero me gustaría saber si fue usted.

—Lo que os digo es que seis muy valientes los tres... Pero a mí no me resulta agradable saber que me persigue la policía.

—Vamos a ver... cuéntenos todo lo que pasó —dijo Dina, aguantándose la barbilla con una mano, en una actitud de abogado fiscal que interroga a un inculcado.

—¿Para que se le digáis a la policía? —inquirió Sanford, muy desconfiadamente.

—Nosotros trabajamos particu-

larmente... y le hemos preparado ya una coartada, diciendo a la policía que los disparos sonaron a las cuatro y cuarto... porque sabíamos que a esta misma hora usted estaba en el autobús. ¿Qué se ha creído usted de nosotros?

—Pues bien... os contaré lo que yo sé... Cuando volví del trabajo me encontré a mi mujer tendida en el suelo, muerta de dos balazos en la cabeza... Pensé que si me encontraban allí podían detenerme... y decidí huir. En el periódico de la tarde he leído que la policía me busca... y que en todo este asunto se halla complicada...

—Polly Walker —concluyó Dina, ayudando a Sanford en su confesión.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya le hemos dicho que somos detectives particulares y que lo sabemos todo... Siga...

—Polly Walker era modelo para mis dibujos, y mi mujer estaba celosa de ella... Pensé que mientras la policía sospechaba de mí no molestaría a Polly... y que yo podía permanecer oculto hasta que dijesen con el verdadero asesino... Polly es muy buena y no deben mezclarla en esto.

—¿Y usted no sospecha de quién haya podido ser el asesino? —inquirió Dina.

—Mi mujer era una chantagista

y tenía muchos enemigos... Tiene un sobre con documentos comprometedores, escondido en algún sitio de la casa. Si se lograra encontrar este sobre se haría luz en el misterio de su muerte.

—Nosotros lo encontraremos — afirmó la pequeña Lupi con tal seguridad que parecía tenerlo ya en la mano.

—Tendremos que burlar a la policía —arguyó Archie, que no quería estar callado.

—La burlaremos... y encontraremos el sobre, ¡qué caray! —exclamó Dina con un arranque muy varonil—. Pero usted, señor Sanford, tiene que prometernos que no se moverá de este escondite para que nuestro trabajo pueda ser perfecto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aseguró Sanford, que tenía confianza en los niños y que, además, necesitaba estar a buen recaudo hasta que apareciera el verdadero criminal.

.. * * *

Bill Smith y su ayudante O'Hara continuaban sus investigaciones acerca del suceso que seguía en el misterio.

—Todas las pistas conducen a Sanford y todas se vienen abajo por no saber dónde está Sanford —murmuraba O'Hara, extrañado, pues en su vida de inspector

era la primera vez que le traicionaban las pistas—. Por otra parte, si esos niños no mienten, él no la pudo matar, puesto que a las cuatro y cuarto bajaba del autobús...

—La maldita hora lo complica todo —comentó Bill, muy preocupado—. Si esos niños se hubiesen equivocado...

—¿Qué va...! ¡No se han equivocado...! ¡Han mentido! —aseguró O'Hara—. Usted les ha hablado a todos a la vez y así no hay medio de que confiesen. Hábleles por separado... "Divide y vencerás"... Ya sabe que tengo seis hijos y mucha experiencia...

—A pesar de ello... creo que usted fracasará, como yo —aseguró Bill que, sin tener hijos, había adivinado que aquellos tres arrapiezos se estaban burlando ricamente de ellos.

O'Hara intentó hablar con los niños, separadamente, empezando por Archie, que estaba en el pórtico jugando con un magnífico gato, al que daba de comer.

—Es una preciosidad tu gatito —le dijo O'Hara, tratando de congeniarse con el niño.

—Es gata —corrigió éste muy seriamente—. En mi casa todo son mujeres... ¡Qué asco!

—Pues es muy bonita, aunque sea gata... ¿Es de Persia?

—No, de Madrid.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también soy de Madrid... Somos paisanos ella y yo.

—¿Tú has nacido en Madrid? —preguntó O'Hara desconfiadamente.

—¡Claro! Nací en un sótano, mientras bombardeaba la aviación.

—Pues tu madre no parece española...

—¡No se meta usted con mi madre, ea! —gritó el niño, enfureciéndose.

O'Hara se rascó la cabeza y se alejó; con aquel niño no había quien pudiera entenderse. ¿Cómo iba a creer nada de lo que le dijera, si afirmaba ser madrileño en el más puro acento de Brooklyn?

Pensó que acaso las niñas fueran más asequibles y se fué a su encuentro, distraídamente, paseando tras ellas por el parque.

Dina sacó su polvera, hizo como si se empolvara y miró a través del espejo.

—No vuelvas la cabeza —dijo a su hermana—, pues creo que nos siguen.

—Sí, ya lo sé... es el sargento O'Hara, le oigo crujir los zapatos —respondió Lupi, que tenía agudos el oído y el ingenio.

Apresuraron el paso y se metieron en una heladería, donde se en-

contraron con la gordinflona amiga de Dina, que las estaba esperando.

O'Hara entró también, se acercó al mostrador y fingió una gran sorpresa al ver allí a las niñas, como si no se hubiera dado cuenta de su presencia en el parque. Lupi aprovechó la ocasión para pedir los mejores helados, no sólo para ella, sino también para su hermana y su amiguita; y luego hizo que pagara la nota O'Hara.

—Eres una americanita muy lista —le dijo, mientras pagaba la cuenta.

—No soy americana... ¡Nací en China! —afirmó Lupi con énfasis.

—Ya... Conque china, ¿eh? Por eso quieres engañarme como a un ídem. Como tu hermanito, que afirma ser madrileño... Sois capaces de decir que tu hermana mayor es de...

—De Lima, Perú —aseguró Lupi—. ¡La pobre nació en un taxi...! —suspiró, mientras O'Hara se rascaba la frente temiendo haberse vuelto loco.

Poco después le contaba a Bill lo sucedido:

—Son unos embusteros... nada más que unos solamnes embusteros —exclamaba, exasperado.

—¿No ha podido con ellos? —

sonrió Bill, a quien divertía la actitud de los chiquillos.

—He podido enterarme de que en su vida no han dicho una verdad...

—¡Lástima...! Seguro que esos chicos se traen algo entre manos, cuando mienten de esa manera... Lo mejor será hablar con su madre.

Bill fué a hablar con Miriam, quien le obsequió con una taza de té, mientras charlaban. El policía expuso a la novelista la perniciosa influencia que en la mente de sus hijos ejercían sus novelas policíacas, avivando en ellos una imaginación ya demasiado despierta y desarrollando en sus mentes unas fantasías que podían serles fatales. Miriam le escuchó sonriendo, y cuando Bill terminó su discurso, preguntó:

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—Soy soltero... No tengo hijos...

—Pues yo tengo tres y mucha experiencia de los niños... Los he educado de la mejor manera que he sabido y no es culpa mía que sean tan inteligentes... Aparte de ello, son unos niños sinceros, laboriosos y buenos... y tienen la virtud de decir siempre la verdad.

—¡Pero si están mintiendo continuamente! —exclamó Bill, sin poder contenerse—. Aseguran na-

da menos que Archie ha nacido en Madrid, Lupi en China y Dina en Perú... ¡No me negaré usted que es difícil de creer!

—Si, es difícil de creer... —murmuró Miriam, riendo—. Pero es verdad... como es verdad que resulta una especie de rompecabezas casarse con un periodista... Nunca se sabe lo que va una a hacer, dónde irá a parar... ni dónde van a nacer sus hijos... Y así se tienen a veces los hijos en un sótano, en pleno bombardeo... o en un taxi, en las calles de Lima... Se protesta, se le dice a él que aquella vida es un infierno... que no se puede resistir...

—Lo comprendo... ¡debió ser terrible! —suspiró Bill, apenadísimo.

—No comprende usted nada —afirmó Miriam, riendo francamente—. ¡Fué maravilloso... y no cambiaría un minuto de aquella vida por todos los tesoros del mundo!

Continuaron hablando largamente. Se iban convirtiendo en dos buenos amigos. A Bill Smith le interesaba la charla de aquella mujer, que ella sola luchaba con la vida y lograba salir adelante con su trabajo, educando a sus hijos y sosteniendo todo el peso de la casa.

Pero los niños estaban impa-

cientes por aquella conversación, que nunca se acababa. Era noche cerrada y ellos tenían que salir a hacer sus investigaciones. Querían ir a casa de los Sanford y registrar todo, hasta dar con el sobre que contenía papeles de tanta importancia, según les había comunicado el propio Sanford. Y para ello tenían que ir amparados por las tinieblas de la noche.

Al fin, las dos niñas, procurando no ser sorprendidas por Archie, porque "era demasiado pequeño", se escurrieron por la ventana y salieron al jardín, saltando la tapia, encaramándose por la pérgola de la casa de los Sanford y entrando en el dormitorio de la señora Sanford por el balcón, que había quedado abierto. Iban, como buenos detectives, con su lámpara eléctrica, y seguían escudriñando todos los rincones, en busca de aquel sobre que había de ser la clave del enigma.

De pronto oyeron crujir la puerta de entrada y se apostaron a la lucha.

—¡Al que entre le damos un golpe en la cabeza! —dijo Lupi encendiendo una lámpara y dispuesta a saltarla desde lo alto de la escalera contra quienquiera que fuese.

Pero el intruso no era otro que Archie, el diminuto Archie, que

venía a hacer sus propias investigaciones.

—¡Pero si es Archie! —exclamó Dina—. ¡Por cien mil rayos...! ¿qué haces tú aquí?

—Mamá y Bill se han ido a ver el incendio de la casa deshabitada. ¿No habéis oído la sirena de los bomberos? —replicó Archie.

—Sí... Pero no debiste hacer eso... —murmuró Lupi, apenadísima—. No tenías que hacerte caso cuando yo te dije... "Vete, aunque sea a quemar una casa..."

—¿Creéis que he sido yo? ¡Bueno... no me enfado! No he sido yo, pero sería muy capaz de hacerlo —aseguró Archie, dándose mucho tono.

—No podemos perder tiempo... Dejemos eso ahora y sigamos nuestras pesquisas —dijo Dina.

Lupi cogió un lápiz de labios de encima del tocador de la señora Sanford, valiéndose de su faldita, para no dejar huellas, y trazó en el suelo una gigantesca X.

—La X es signo de misterio... Así dejamos una pista falsa, como en los libros de mamá, y desorientamos a la policía.

—Lo principal es encontrar el sobre... ¿Dónde estará metido? ¿Dónde lo hubiera guardado yo, si hubiese sido mío? —indagó

Dina, reflexionando muy intensamente.

—Entre la ropa lúpia... — sugirió Lupi.

—O entre los libros — añadió Archie.

—Eso ya lo he registrado ya y no hay más que polvo.

—Mamá, cuándo guarda una cosa la pone entre las mantelerías nuevas.

Hurgaron en todos los rincones y por todos los armarios hasta que dieron con un sobre muy abultado que guardaron apresuradamente, huyendo a todo correr antes de poder ser sorprendidos por alguien que entraba ahora en la casa, muy cautelosamente, con paso de lobo, y comenzaba, a su vez, a hacer una detenida búsqueda por entre todos los lugares que ya ellos habían registrado.

—¡Fenorbabital!... — exclamó Archie, que a menudo empleaba aquella palabra cuando quería desahogar su mal humor, palabra que él se había inventado y que sustitula a todas cuantas su mamá no le dejaba decir.

Poco después, sentados en torno a la mesa de la cocina, leían todos los documentos que contenía el sobre:

—¡Esto es dinamita! — exclamó Lupi. — ¡Se ve que era una buena

estafadora... Cualquiera de esos a quienes había estafado debe ser el asesino.

—Hay uno que se llama Rilay, que le escribía con mucha frecuencia... y aquí hay otra carta firmada por nuestro vecino el señor Cherrigton...

¡Bah... no nos interesa!...

En aquel momento regresaba su mamá acompañada de Bill, que venían de ver el incendio. Lupi se vistió apresuradamente la bata y se asomó al hueco de la escalera:

—Buenas noches, mamá... Buenas noches, señor Bill... — dijo, bostezando.

—¿Todavía no estáis acostadas? — preguntó Miriam.

—Sí, mamá... Estábamos medio dormidas... pero te oímos llegar y...

—Bueno, bueno, a dormir, que es muy tarde.

Lupi entró en su habitación, pero se quedó escuchando: un policía acababa de entrar anunciando que había encontrado muerto de un tiro en la frente a un individuo que pasaba por la calle.

—¿Le han matado delante de usted? — inquirió Bill.

—No, jefe... Yo había acudido al lugar del siniestro...

—Hummmmm... — murmuró Bill — apostaría a que ese incen-

dio no ha sido casual, sino intencionado... ¿Cómo se llama el interfecto?

—De sus papeles se desprende llamarse Riley...

—Bien... sigan haciendo indagaciones acerca del incendio... quizá por medio de ellas hallemos al criminal.

—¿Habéis oído? — murmuró Lupi, dirigiéndose a sus hermanos—. Han matado a Riley... Esa que escribía tantas cartas a la señora Sanford... Apuesto que el mismo que le ha matado a él fué quien la mató a ella...

—Ahora la policía hará más investigaciones y son capaces de descubrirlo todo — arguyó Dina, contrariada.

—No descubrirá nada mientras nosotros tengamos el sobre — replicó Lupi—. El sobre es la clave y nosotros somos los detectives... Claro que es muy peligroso poseer el sobre y quizá nos quieran matar...

—Lo que interesa es descubrir al criminal — sentenció el pequeño Archie.

—Callaos, si podéis, y dejadme escribir eso que estoy escribiendo... Mandaremos un anónimo a la policía. En las novelas de mamá suele hacerse esto con mucha frecuencia. Escuchad: "Teniente

Smith, de la Brigada Criminal; debo informarle que Flora Sanford era muy mala y hacía chantaje a mucha gente... Le envío los nombres de sus víctimas..." Y a continuación ponemos todos los nombres de los que escribían estas cartas.

—¡Estupendo! Vamos a escribirlo a máquina — dijo Lupi, después de haber escuchado lo que Dina acababa de leerles.

—Pero no en la de mamá. Bill Smith es muy listo y lo conocería en seguida.

—Escribiremos en la máquina de Luque...

Los tres salieron precipitadamente: las niñas a escribir los anónimos y Archie a llevar comida a Sanford para que no muriera de hambre en su ratonera.

Bill Smith y O'Hara comentaron aquellos anónimos que llegaban a su poder en pocas horas de diferencia.

—¿Qué le parece? — preguntó Bill a su compañero—. Probablemente todo esto es falso...

—No, no es falso; todo es cierto. Cuando llegó el primer anónimo envié a dos hombres a interrogar a las personas cuyos nombres venían en la primera lista... y, efectivamente, a todos la señora Sanford había sacado mu-

cho dinero... Cualquiera de ellos se puede haber vengado matándola.

—Entonces hay que averiguar quién ha escrito esto...

O'Hara salió a seguir sus investigaciones; le daba en el olfato que en todo aquel ciredo debían andar melidos aquellos tres diablillos que tan bonitamente se estaban burlando de ellos.

Encontró a Archie hurgando en un cajón de basure:

—¿Qué haces? — le preguntó.

—Busco botellas vacías. Luque me las paga muy bien... ¡Oh, mire, un disco roto! — exclamó el niño—. Si estuvieran todos los trozos lo podría componer... y si no fuera música de ópera, sería estupendo. ¡Tengo odio a la música de ópera!

—Toma, aquí hay otro pedazo — ofreció O'Hara que había encontrado el resto del disco.

—Gracias. Ahora ya está completo. Veremos a qué suena...

—¿Dónde están tus hermanas?

—En casa de Luque... replicó Archie, sinceramente—. Han ido a tomar algún helado... o a escribir sus deberes.

—¿Luque les deja su máquina de escribir para hacer sus deberes? — interrogó O'Hara distraídamente.

—Sí... le convencer con más facilidad que a mamá, que no quiere que le toquen la suya...

O'Hara tenía ya una pista. ¡Aquellos niños!... Se alejó, moviendo la cabeza contrariado. Si aquellos chiquillos no se hubieran metido en el lío ya estaría todo descubierto. Pero con ellos de por medio no había sistema de poner en claro el misterio del crimen.

Aquella misma noche, cuando estaban cenando los chiquillos junto con su madre, entró un momento a saludarles el vecino de al lado, el señor Cherrington, que no quiso entrar y sólo preguntó si la policía les había molestado mucho con interrogatorios acerca del asesinato de la señora Sanford. Mientras hablaba, desde el umbral de la puerta, disimuladamente operó en la cerradura y la dejó de forma que la puerta no quedara cerrada, despidiéndose seguidamente de la familia con mucha amabilidad.

Signieron cenando tranquilamente, y Cherrington aprovechó el momento para entrar de nuevo en la casa, destizarse cautelosamente por el hall y subir a paso de lobo, quedándose agazapado tras una cortina en espera de que las circunstancias le fueran favorables.

Terminada la cena, mamá besó a sus hijos y les dijo:

—Me voy arriba... Me está esperando Bill Smith.

—¿Pero es que ha venido? ¿Por donde ha entrado? — preguntó Dina.

—No, no... no me refiero a Bill Smith de carne y hueso... si no a mi Bill Smith... que tiene que descubrir un crimen muy complicado... He de terminar esta novela para poder pagar el colegio...

—Bueno, mamá... pero tú a quien preferirías ver... ¿a tú Bill Smith... o a nuestro Bill Smith? — inquirió de nuevo Dina, poniendo en sus palabras una marcada intención.

La madre sonrió y replicó con un guiño muy gracioso:

—No contesto a una pregunta que me parece impropia de mi hija mayor...

En aquel momento, como respondiendo a un conjuro, se presentó el Bill de carne y hueso, acompañado de su eterno satélite O'Hara.

—Quisiéramos hablar con usted un momento... Es algo muy importante... Que se queden también los niños...

—Y que no te vuelva a repetir

el ataque. ¿oyes, monina? — dijo O'Hara a la pequeña Lupi.

Bill habló de los anónimos recibidos, de las listas de nombres, de todo aquello cuyo secreto poseían los niños, puesto que había comprobado que la escritura estaba hecha con la máquina de Luque y las niñas habían pasado en casa de éste toda la mañana.

Interrogó la mamá; confesaron los niños; en efecto, habían ido a casa de la señora Sanford y se habían apoderado de un sobre que contenía todos aquellos datos preciosos; y habían dejado escrita una X en el suelo para dar una pista falsa a la policía, como en las novelas de mamá...

—¿Lo ve usted?... — murmuró Bill—. ¡Siempre sus novelas!... Bueno, pequeños, si tenéis alguna cosa más que decirme, no me la ocultéis — suplicó a los niños.

—¿Llamaría usted cosa a un hombre? — preguntó Archie—. Porque es que tenemos escondido al señor Sanford... Lo menos lleva treinta horas escondido en un sótano que nos sirve de Club...

—¿A Sanford! — exclamó Bill—. ¿Y es verdad que oísteis los disparos a las cuatro y cuarto?

—No... los oímos a las cuatro cuarenta y cinco... pero no queríamos que sospecharan de San-

ford, que es muy bueno y el que queremos mucho...

—Buena, O'Hara irá a buscar a Sanford... y tú, Dina, vete a buscar el sobre; creo que pronto estará todo aclarado.

Dina subió rápidamente las escaleras, se encaramó sobre la punta de los pies para llegar al lugar donde tenían escondido el sobre, lo cogió rápidamente y, antes de que pudiera correr de nuevo al lado de su madre, un hombre se abalanzó sobre ella, la derribó de un puñetazo y le arrebató aquel tesoro que con tanto trabajo habían guardado en su poder, huyendo rápidamente por la ventana.

A los gritos de Lina acudió su madre a auxiliarla y Bill corrió tras el fugitivo, quien, cuando ya se creía fuera del alcance de la policía, cayó de bruces al suelo. Había tropezado con la gran taruga de Archie.

Interrogados Cherrington y Sanford, negaba aquel su participación en el crimen, alegando que a aquella hora estaba él trabajando en su despacho, según habían atestiguado varios vecinos que le oyeron escribir a máquina. Mientras, Sanford permanecía callado, reconcentrado, y sólo se exaltó

cuando dijeron que iban a detener a Polly Walker:

—¡No, no la detengan!... El único culpable soy yo... Yo maté a mi mujer... —dijo.

Pero Bill le miró en silencio y ordenó a O'Hara que pusiera aquel disco rojo que Archie había encontrado en el cajón de la basura de casa de Cherrington. El disco era puramente un escrito a máquina; sonaban las teclas en un acompasado ruido, dando toda la sensación de que alguien estaba escribiendo a máquina muy atareadamente. Bill miró a Cherrington:

—Amigo mío... su coartada estaba muy bien preparada... Todo el mundo pudo escuchar como usted escribía a máquina... a través de ese disco...

Cherrington trató de escaparse, pero los policías le detuvieron y lo llevaron preso, como autor del crimen de la señora Sanford, que poseía un contrato comprometededor para Cherrington, el cual quiso deshacerse de aquella traba matando a la mujer que, con aquel documento que obraba en su poder, le sacaba hasta el último centavo de lo que él ganaba.

Aclarado ya aquel hecho, Bill Smith se dirigió a Sanford y le preguntó:

—¿Por qué estaba usted dispuesto a firmar una declaración falsa, confesándose usted autor de un crimen que no había cometido?

—Pues verá usted, yo... — balbució Sanford, muy confuso.

—Usted creía que nosotros sospechábamos de Polly Walter... y quería usted salvarla, ¿no es esto? — inquirió O'Hara, que parecía estar al cabo de la calle de todo aquel lío.

—Sí, señor... eso es...

—Confieso que le había creído culpable — dijo Bill — a pesar de que la señorita Walker también quería firmar una confesión pensando que nosotros sospechábamos de usted...

—¡Anda... pues no es poco difícil ser policía! — exclamó Archie, pasmado de la facilidad con que los dos policías habían adivinado todo lo ocurrido.

—Yo ideé una situación muy parecida a ésta en una de mis novelas — explicó la simpática novelista.

—Pero en las novelas de mamá... — arguyó Dina.

Bill dirigió a Miriam una expresiva mirada, y ésta, para que sus hijos no siguieran comprometiéndola, les ordenó que se fueran a la cama, porque ya era tarde.

—Pero, mamá... déjanos un poquito más... nos gusta escuchar a Bill — suplicó Lupi.

—Vamos, mamá ha dicho que a la cama y hay que obedecer... Sólo muy pequeñas — dijo Bill.

—¡Arse... chupaos esta! — exclamó Archie, creyendo que él quedaba excluido; pero su decepción fue grande cuando oyó a Bill que le decía muy severamente:

—Eso también va contigo... Buenas noches.

—Buenas noches, jefe — murmuró Archie, cuadrándose y saludando militarmente.

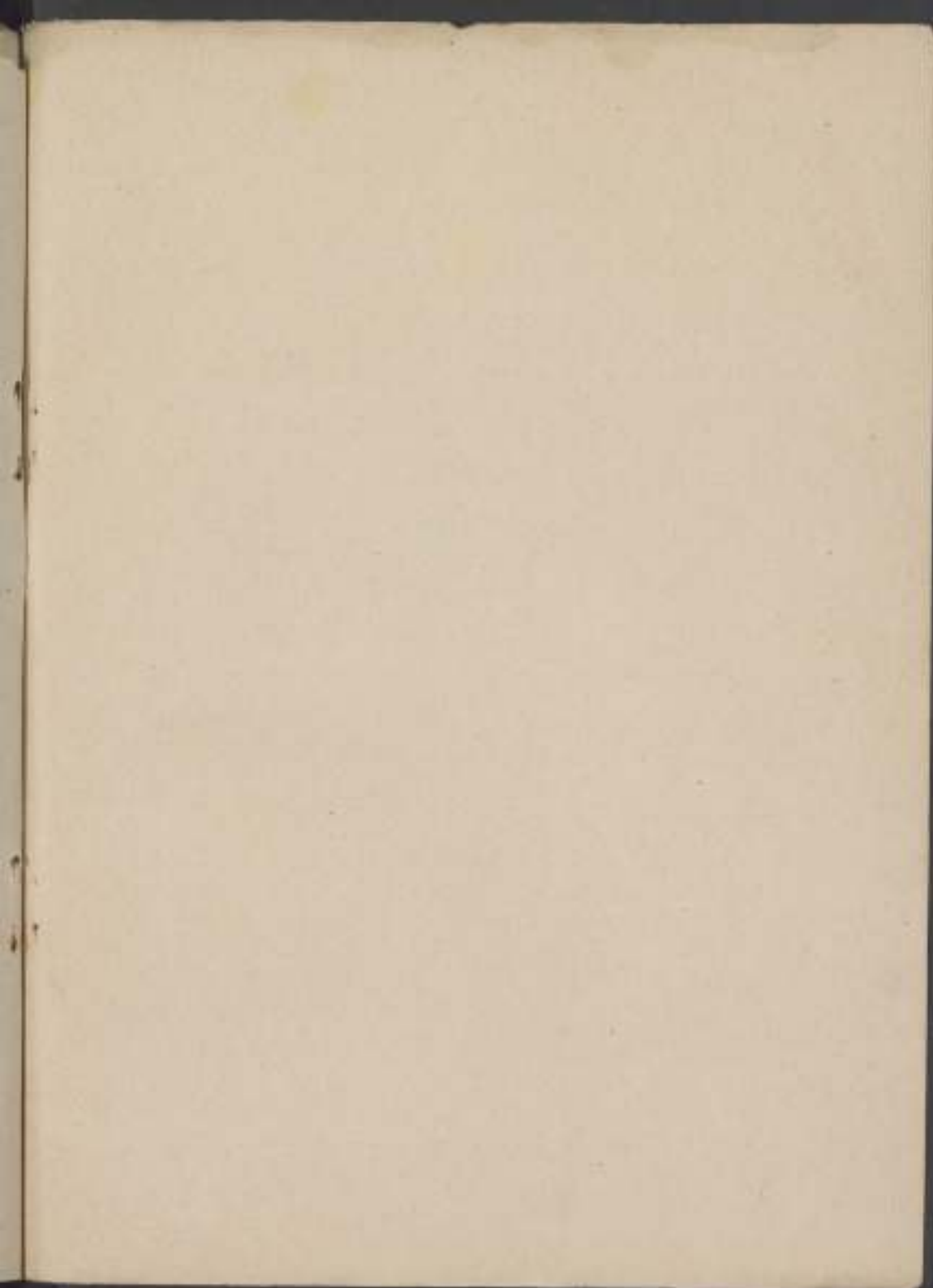
Cuando subían las escaleras, a regañadientes, porque no tenían ninguna gana de ir a dormir, Lupi comentó muy compungida:

—Tanto hacer de detectives particulares... y a poco lo echamos a perder todo... Si no hubiese sido por Bill...

—Es que Bill es muy listo — aseguró Dina.

—¡Qué listo ni qué narices! — exclamó Archie—. Si no es por mí disco... todavía estarían en la higuera... ¡Bah... hemos sido nosotros los verdaderos detectives!

Y sin añadir palabra se fueron a la cama como tres niños buenos que jamás hubieran cometido ninguna diablura.





Cubierta T. G. J. SOLER
Presidencia, 40 - Barcelona